
arturo oqueli



lo que dijo don fausto

al Dr.
García Bola,
cordialmente

Arturo Osorio

Handwritten

1949

aporte a
la biografía de molina

Chiguel
Handwritten

derechos del autor

retrato de juan ramón molina

Juan Ramón Molina fué un ser excepcional, el tipo cabal del poeta; vidente, visionario, que se puso sobre la realidad de la vida como sobre un pedestal, y con la cabeza llena de la divina locura de la poesía, adivinó y cantó, de la manera más bella, la misteriosa armonía de las cosas. Era mediano de estatura, de complexión maciza, de tez sonrosada; su rostro era ovalado, fuerte el mentón, la boca sensual y hermosa; la nariz recta, de suave azul los ojos, su frente elevada, y las cejas figurando dos arcos perfectos. Sus manos eran pequeñas, sus pies breves, su cuerpo hermoso, y tenía una fuerza extraordinaria y la dócta agilidad de un gimnasta. Era su carácter violento, su voz varonil, y había en su mirar cierto desdén compasivo, que debe ser el que sienten los dioses por las bajas y oscuras miserias de los hombres. Sus fuertes mostachos, altaneros, dábanle cierto aire de capitán gascón, y servíanle, no como para ostentar jactancias, sino para acentuar más su natural altivez y señorío. Era su porte airoso, su paso señorial. Jamás conocí hombre alguno que estuviese envuelto en aura más apolínea y revelase de modo más pleno cómo es de sutil, lumínica y grandiosa el alma de todos los poetas.

LUIS ANDRES ZUÑIGA.

*--Las cosas que hemos pensado
como buenas hay que hacerlas,
aunque las crean malas los
que no han sabido hacerlas.---*
JOSE INGENIEROS.

*“Los hombres desaprueban lo
que no son capaces de hacer.
—CRISTINA DE SUECIA.”*



.....Era bello, no con la belleza judaica y un si es no es atormentada de Asunción Silva, sino, con una belleza griega, sensual y dominadora. Si Asunción Silva, con sus barbas de rabí, podía evocar al Lucio Vero del Museo de Luxemburgo, Juan Ramón Molina, con su rostro de corte helénico, era la re-encarnación viviente del Apolo de Belvedere.

Salatiel Rosales.

arturo oqueli

lo que dijo don fausto

(aporte a la biografía de juan ramon molina)

*juan ramón
molina*

Acaba de penetrar en el misterio solemne de la muerte un raro espíritu que se lleva algo de mi propio ser y de mi pensamiento.

En verdad que mi afecto por este fraternal compañero era más profundo de lo que antes pensara y que su partida hacia el país de la sombra ha impresionado hondamente mi corazón.

La palabra no puede reflejar el matiz de ciertas emociones. Los estados íntimos del alma humana no podrán grabarse en un trozo de papel. El sutil estremecimiento, la conmoción recóndita se escapan, se esfuman al querer darles forma; y por eso hoy mi frase incolora no puede encerrar la tristeza lacerante que me domina, pensando en el gran poeta difunto.

Era un ser atormentado por las hostiles fuerzas de la vida, que nació bajo un signo funesto, para mirar las cosas grandes y resplandecientes. Su cerebración singular, que hizo de él uno de los mayores poetas de habla castellana, absorbió los tósigos de las más desconsoladoras filosofías y las heces de los más negros fastidios. Apenas si de su sonora selva de amor brotó, en alguna mañana

de azur, un clavel de coral o un lirio de nieve. Las más agudas espinas se clavaron pertinazmente en sus plantas en el árido sendero y conoció como ninguno la desolación de los hombres vencidos en la lucha diaria.

Nació mi amigo, indudablemente, en un día fatal. Le persiguió un hado adverso y su existencia fué de contrariedad y desventura. De un carácter reservado y taciturno, orgulloso por la seguridad de su valer, mostrábase hermético y frío, inaccesible al trato familiar. Eran en él extraordinarios un ademán cordial o una expresión cariñosa. Pues su temperamento grave, poco expansivo, no le permitía extremarse. Por eso no podré jamás olvidar las contínuas demostraciones de su fraternidad.

Fué en una lejana tarde, en un paseo crepuscular por la mágica bahía de Río de Janeiro, que nos juramos una noble y sincera amistad. Recuerdo que él me insinuó ese deseo de una afeción fuerte y alta, tendiente a todo lo que se revistiera de poesía y de gloria.

---Seamos dos hermanos ligadas por la inteligencia y por el corazón. Que sean mútuos nuestros dolores y nuestras esperanzas. Unámonos para luchar y vencer y tendamos hacia todas las cumbres las alas unánimes.

Y desde aquella hora fuimos amigos, en el sentido profundo de esta frase. Nada empañó nunca aquel afecto que el tiempo fortalecía engrandeciéndolo.

He aquí dos párrafos de una de sus últimas cartas:

“Es bueno que sepas, ahora que estás lejos, que te quiero, no como amigo, sino como hermano de veras; hermano por la lira, por el arte, por el corazón, y hasta por la miserable gloria que hemos conquistado a la par. Si alguna vez nos hemos visto mal, por esa equivocación inherente a la naturaleza humana, cuando nuestro deber era juntarnos para ser más fuertes y salir victoriosos, ya que poseemos el mismo don de dolor, idéntica visión de arte y un talento igual, aquellas pequeñeces han sido olvidadas para siempre, cediendo el lugar a un cariño que sólo matará la muerte.”

“Talvez antes no tuvimos del todo buenas relaciones, a causa de haber creído, en muy mala hora por cierto, que el uno podía estorbar al otro. Hombres formados ya, golpeados por la vida, desgraciados por diferentes motivos, aunque ambos víctimas de cierta Providencia fatal que persigue a las almas de selección, de un modo o de otro, hemos comprendido por fin que somos mitades de una sola entidad, que el uno completa al otro, que nuestros nombres vivirán unidos, y que resumimos una época literaria de nuestra patria, nada menos que los últimos cincuenta años. Recuerdo que una vez, moribundo de un negro mal, escribí una carta que nunca conociste, nombrándote testamentario de mis producciones.

Esto te demostrará que siempre te he querido”.

Yo conocí a fondo su extraño mundo interior, y sus fuertes torres de ensueño, y las mandrágoras de su fantasía. Azúcares y sulfatos mezclábanse en los abismos de su yo; pero las dulces cosas eran tenues y se desvanecían y quedaba siempre su alma náufraga en el amargo mar de la desilución.

Conocí, mejor que nadie, su concepto doloroso de la vida, su inquietud y su melancolía; y así pude apreciar su tedio incurable.

.....
Y de improviso llega a mí la noticia de su muerte, rápida como un rayo.....

Nada sé aún de sus postreros momentos. Escribo estas líneas fugaces abrumado de pena. Cumpliendo su deseo, yo haré, al regresar a Honduras, una edición de su obra de arte, iniciándola con un estudio acerca de su personalidad. En él brillará, una vez más, el insólito fulgor de su cerebro y el vibrante metal de su producción. Haré conocer los cánones de su estética y su visión del arte futuro. Hoy sólo repetiré que fué un prosista sobrio, elegante y vigoroso y un poeta de primer orden, que dominó magistralmente su maravilloso instrumento. Poseyó la fuerza y la gracia. Y así voló como las águilas y cantó como los ruiñesores. En su lira vibraban el dolor y el amor, y era épica y bucólica y sabía de los epitalamios y de los responsos. ¿Qué secreto guardó para él la musa heroica que viste armadura y casco bronceado? ¿Qué caricia le negó la musa amorosa de los ojos azules y de la risa de oro? El cortó las más brillantes rosas en los jardines encantados de la fantasía; e hizo versos de una música profunda y

de un férreo pensamiento. Versos magníficos que honrarían a cualquier literatura y darían gloria a cualquier país. Versos de bronce y de terciopelo, que son como sutiles melodías imponderables, como largos lirios marmóreos, como luminosas cintas multicolores. Sus poemas de serena hermosura perpetuarán su memoria y los vientos del porvenir impulsarán su nombre hacia todos los horizontes.

Juan Ramón amaba las cosas trascendentales que llevan en sí un latido profundo de la humanidad. Tenía una vasta concepción de los misterios y sobrehumanas inquietudes que agitan las testas de los grandes pensadores, y gustábale sumergir su espíritu en el insondable mar de las abstracciones y de las quimeras. Los más árdulos problemas científicos interesábanle extraordinariamente. Nutría su cerebro con lecturas selectas y pensaba que la ciencia y el arte deben unirse para producir obras definitivas y perdurables. De aquí su complejo saber y la rica variedad de su léxico. Labraba su estilo como se pule un medallón heráldico, con perseverancia de orfebre, lenta, fría, parsimoniosamente, y recordaba su trabajo al de Flaubert, obsecado y pertinaz sobre las páginas inmortales. Esto en las prosas y poesías de su predilección, pues con frecuencia daba a la imprenta manuscritos que sólo una vez había corregido. Así sucedió con los artículos que iban a las columnas de los diarios, a veces sin firma, triste labor anónima en la incesante persecución de la vil moneda, que todo lo bastardea y empequeñece, hasta el arte. Su esfuerzo más

personal y potente está en sus poemas, fulgurantes joyeles exornados de mágicas piedras preciosas. En ellos agotó la estupenda riqueza de su númen en increíbles labores de lapidario que persigue lo infinito en una forma de absoluta belleza. Su palpitante inspiración más bien tendía a LA NOCHE de Miguel Angel que a las minúsculas maravillas de Cellini. Los temas de sus intensas exaltaciones cerebrales son siempre grandes y viriles y aspiran a abarcar cosas fabulosas y magníficas: no hay un gran trozo de mar, sino todo el piélago sonoro; el deslumbramiento de una aurora boreal; el viento veloz que riza las selvas; el pesado galope de los elefantes; el rugir de los leones y de los huracanes; las voces todas del cielo y de la tierra y los sublimes y trágicos espectáculos que paralizan el alma y ponen rápidos escalofríos sobre la piel de los hombres. Aletazos de águila eran entonces sus versos que rubricaban el espacio con ondulaciones resplandecientes.

Ansiaba conocerlo todo y compenetrarse con las eternas fuerzas ocultas que rigen sabiamente los destinos humanos. Tendía hacia la altura el alma exaltada, ansioso de recoger un átomo de lo invisible. Las miradas de sus serenos ojos verdes se anegaban en la contemplación de los azules firmamentos, interrogativos y meditabundos. Era un sér ávido de sabiduría sideral y ciencia terrena, que buscaba, en largas noches de estudio, el vasto enigma del cosmos, o examinaba los élitros de un insecto y el cáliz de una flor; y que se avenía con los secretos de las esfinges. Por eso lo interesaban primordialmente todas las formas mó-

viles o inermes de la Naturaleza, procurando obtener de cada una de ellas un sentido simple y concreto que no estuviera reñido con la lógica de los hechos humanos.

Hace apenas dos meses paseábamos por los alrededores de San Salvador, en una tarde tórrida. Hablábamos de las cosas vistas, cambiando impresiones sobre los acontecimientos y sobre nuestro porvenir.

De pronto interrumpióse el rumbo de sus alegres ideas y me habló del presentimiento de su próxima muerte.

---No creas en nada---me dijo---. Mi panteísmo me llevó en una época a una región ideológica cuya memoria me hace sonreír. No hay nada. Todo es polvo. Y siento ondular sobre mi cuerpo el necróforo que me roerá en el sepulcro. ¿Recuerdas el gusano omnipotente de que habla Poe? Pues en ciertas noches su frialdad roza mi corazón Sin embargo, si hay un *más allá* en donde el espíritu se magnifica en una radiante atmósfera de perfumes, cuando yo muera buscaré tu espíritu y le haré un signo de reconocimiento.

¡Duerme en paz; hermano en la quimera y en la lira! ¡Duerme lejos de tus pinares sonoros! Descansa de la carga abrumadora de la existencia, de tu amargo tedio, de tu mal mental, del dolor de vivir y de pensar, bajo tus laureles noblemente ganados, húmedos de sangre y de lágrimas.....

Mi espíritu no ha recibido del tuyo el signo

de ultratumba...No lo ha recibido...Ni lo recibirá jamás.

Froylán Turcios.

En Guatemala, el día de
difuntos de mil novecientos ocho.



breve explicación

Por qué el trabajo que hoy publicamos lleva por título "Lo que dijo Don Fausto"?

Porque de las cinco partes que consta el volumen, la tercera la consideramos más interesante, más fundamental; es decir, están reseñados con precisión los triunfos de Molina en el extranjero, completamente desconocidos en el país, aparte de ciertos rasgos característicos de su vida privada. Al publicar el presente trabajo, no nos mueve la pedantería del emborronador barato al ocuparse de los grandes próceres de las letras; muévenos el ardiente deseo de contribuir al aporte de la Biografía de Molina en la esperanza de que algún día surgirá un hombre de su altura intelectual, capaz de clasificar y glosar su obra perdurable.

Sé que en todas las latitudes existen microbios sociales, siempre atentos al apareamiento de cualquier idea cristalizada, no para aplaudirla, sino para disputarse la desolladura del pellejo del autor como única entretención a su incapacidad de forjar una pieza por medio de la palabra escrita.

No importa. No ando muy lejos del día de

ir a parar a la huesa común, pero sí, me llevaré al sepulcro la satisfacción---ya que estaba dentro de mis actitudes---de haber satisfecho una misión, la misión de cumplir la parte que en las letras el destino me había asignado.



albores

De los pininos literarios de Molina en Honduras, no se encuentra ningún dato, no existe en la prensa de entonces la menor huella que atestigüe su paso por estas serranías, salvo el recuerdo de su inteligencia, de niño precoz, amigo de quebrar a pedradas los tejados de las casas de Comayagüela, ciudad vecina donde naciera el 17 de abril de 1875.

Gente que trató de cerca a sus familiares, aseguran que Molina en edad escolar, era de carácter díscolo, irrespetuoso con su madre, al extremo de verse en el caso su progenitora, de internarlo en la Escuela Primaria que fundara Mr. Wight, profesor que vino de Estados Unidos a enseñar los últimos progresos de la Pedagogía.

Tuvo por compañeros a los ricos criollos, como ser el Lic. Antonio Callejas, Dr. Bernabé Salgado y otros ya fallecidos. Don José María Rosa es el único superviviente de aquellos tiempos felices, tiempos de la inolvidable niñez escolar.

---o---

Nos refiere don Manuel Cantor, antiguo tipógrafo del "Diario de Honduras", y compañero de

barrio de Molina, que una de las favoritas diversiones del poeta niño, era la de montar en puro lomo, con la cara hacia la cola, a un viejo caballo familiar.

A todas horas del día se le veía a horcajadas en su manso vayo, por calles y callejones de Comayagiela, llamando la atención de los pocos forasteros, del estrambótico modo de galopar.

Una vez, ya el caballo molesto con las travesuras del amo, le dio por entrarse a la casa de doña Ventura Velásquez de Cortés, y como la puerta de la pulpería, única que se encontraba abierta era angosta, sacó por las ancas al jinete, derribando las botellas de *miel de palo* y *la mascadura* del mostrador.

A Molina que nada le importó el susto de la dueña de casa, ni las averías, se sacudió las nalgas y volvió a montar a su manera: era un niño terco.

---0---

La verdadera patria intelectual del poeta hondureño fué Quezaltenango, Guatemala. Allá llegó en 1889, a los 14 años y encontró cariño y razones ampliamente generosos.

Para mejor comprender nuestra afirmación, basta decir, que Molina sin un peso en los bolsillos logró graduarse de Bachiller en Ciencias y Letras en el Instituto de Occidente,---permitiéndole el director para ayudarse a los estudios---, servir al mismo tiempo asignaturas que dominaba.

En 1926, nosotros tuvimos oportunidad de visitar Quezaltenango. Allí, en el hotel, conoci-

mos al dueño de una fábrica de aguardiente de Salcajá, quien había sido alumno de Molina, y al saber que eramos hondureños, nos ofreció su franca amistad, sin reservas.

El buen hombre tenía a mucha honra, se pronunciaba con orgullo, haber asistido a las clases que sirviera el poeta.

Toda una tarde nos recitó versos, fragmentos de discursos y nos habló de la labor literaria de Molina en "El Bien Público", periódico editado por su cuenta, desconocido hasta la fecha en la patria.

Está probado, pues, que Molina en Quezaltenango hizo sus primeras armas.

En aquella tierra fría concibió EL AGUILA, el famoso poema con que Molina despuntó como poeta de positivas esperanzas en las letras de América.

Después, en 1896, se trasladó a la capital guatemalteca, trayendo como valioso tesoro, la gestación de su poema, que al ser publicado por primera vez en el "Diario de Centro América", fué algo así como la piedra angular del monumento a su gloria.

Por tratarse de una de las más preciadas primicias del panida hondureño, la publicamos en el Apéndice para mejor interpretación de nuestros lectores.

Ahora, bien, no queriendo dejar pasar en silencio otra delicada gema de su primera juventud, insertamos:

*la calavera
del loco*

a flavio guillén.

Le cortaron la cabeza
a un desventurado loco
que de un mal desconocido
se murió en el manicomio,
y arrojáronla al jardín
donde, a la hora del bochorno,
él hablaba con las rosas
y con los claveles rojos,
o con aire de sonámbulo
recitaba sus monólogos.

Cayéronse los cabellos
con los músculos del rostro,
y se comieron las aves
a picotazos los ojos;
coció el sol dentro del cráneo
como si fuera en un horno,
el cerebro, y en gusanos
fatídicos y horrorosos
transformóse aquella masa
de células y de fósforo.

Después cuando el jardinero
del jardín del manicomio
sacudió la calavera
entre sus dedos callosos,
surgieron alborotadas
mil mariposas de oro.
Brillaron chispas extrañas
en las cuencas de los ojos
y chocaron como riéndose
las mandíbulas del loco.

Guatemala, 1896.

Tómese en cuenta la influencia literaria de la época y edad del poeta: habiende nacido el 75 y publicado el 96, andaba en los 21 años.

No obstante, ser por ese tiempo la capital guatemalteca, algo así como la Atenas del Istmo, por sus centros universitarios como por su cultura general, Molina fué objeto de vivas distinciones de las figuras representativas del arte y de las letras.

Los primeros vuelos de Molina fueron de avanzada modernista: no creyó en la vida perdurable del romanticismo: lírico sí, y más que todo se advierte en sus cantos el despliegue épico.

Ya más sazón, en 1907, en la Carta Abierta que dirigiera al director "Diario de Centro América", Guatemala, sobre los versos enfermizos de Julio Flores, al hacer hincapié sobre el modernismo, se pronunciaba en parte: "Flores no es un gran poeta porque no ha cantado los secretos sumos del alma en ritmos nuevos y complicados. La aristocracia intelectual no le daría un puesto

en los ágapes de los altos círculos del arte, donde se exigen nuevas orquestaciones verbales; sentirse más profundos y refinados y un sólido saber eclético que sea como la quinta-esencia de las literaturas madres y de sus hijas, para que el poeta sea a la vez, como nuevo y como viejo, como sencillo y como complicado, como local y como universal, de tal modo que logre asimilarse muchos estados de alma para conseguir la total y nueva adición a la suya,"

"*El poeta moderno* no debe ser una especie de juglar sino un gran silencioso y un gran desdeñoso, para quien el arte sea una cosa hierática y la poesía una religión suprema. Su pegaso no parecerá caballo de circo, ni pacerá en la plaza pública, sino que ha de ser un bello monstruo para devorar cielos y comer estrellas. Porque el poeta de hoy es el vidente de antes, misterioso y taciturno, atisbando los movimientos de su siglo, siempre un poco lejos de la multitud. Debe comprenderlo y saberlo todo, desde la poesía Védica hasta la de Musset, Verlaine, Heine, Poe."

---0---

Emiliano Hernández, uno de los más ilustres escritores venidos de la tierra de Simón Bolívar, trató en una ocasión a Molina.

Nosotros conocimos a Hernández en la Redacción del diario "El Comercio" de Managua, del señor José María Castrillo. Su admiración por el poeta hondureño no reparaba en juicios atrevidos y justos. De un estudio, al hablar del panida, entre otras cosas, se expresó:

"De Honduras, esa tierra tortuosa y dolien-

te, ha salido un poeta de los más auténticamente ilustres de América. Me refiero a Juan Ramón Molina. Su poema El Aguila le valió una frase de Castelar: "Quien escribió El Aguila, águila debe ser." A la verdad, el poema poco conocido en el Sur, le destaca de cuerpo entero como un épico admirable. La prosa de Molina gasta también *factura moderna*, y tiene, como todo legítimo talento, más verídica personalidad. Si no fuera aventurado, yo le llamaría la entidad más representativa de Centro América".

---0---

Volviendo a la presencia de Molina en Guatemala, para dicha de él ocupaba la Presidencia de la República el Gral. José María Reyna Barrios, admirador de la juventud intelectual de Centro América. Por esos años el Presidente había ordenado a las autoridades encargadas, desplegar el mayor esplendor en los aniversarios de la muerte del cruzado de la Unión, Gral. Justo Rufino Barrios.

Así fué, que días después de la publicación de El Aguila, La Calavera del Loco, un soneto a la Exposición de Centro América y un acucioso comentario sobre "Honduras Literaria" del Dr. Rómulo Durón, Molina fuera invitado de honor para dejar oír su verbo.

El 2 de abril de 1896, o sea a los 11 años después de la muerte de Barrios en Chalchuapa, Molina ascendía a la tribuna precedido de la aureola de sus recientes publicaciones.

Al reproducir el discurso que pronunciara ante la tumba del Caudillo, lo hacemos convenci-

dos de ser muy contados los hondureños que conocen tan valiosa pieza, y comienza:

“Estamos ante una de esas manifestaciones de duelo que hacen los pueblos por sus grandes difuntos.

Esta expresión podría pasar por pedante, si no se alzara ese monumento de bronce enfrente, alegoría del dolor de Centro América; si esas coronas de ciprés, cuajadas de frescas flores, húmedas con el rocío de la mañana, no cubrieran ese pedestal; si esos clarines no hincharan las ondas del aire con sus toques funerales; si esos atambores no redoblaran lúgubrementemente a nuestros oídos; si esas agudas bayonetas no lanzaran reflejos, besados por la luz del oro del sol; y esta sombría y callada multitud, no se agrupara al pie de la tribuna, para escuchar el verbo tempestuoso de los oradores, que al salir de los labios, impregnados de lágrimas, vibra sonoramente en el viento, roza las pensativas frentes del auditorio, alatea sobre las guirnaldas, sobre los crespones y las estatuas, yendo a sollozar por fin en derredor del sarcófago que guarda el polvo ilustre de aquel hombre extraordinario.

Ha sonado, en el misterioso reloj de la conciencia pública, la hora sagrada y fatal de la justicia y de las reparaciones. Ni con las hipérboles de una admiración cariñosa que, si bien es disculpable, no siempre es imparcial, ni con las biliosas diatribas de algunos rencorosos, se puede juzgar a Justo Rufino Barrios, figura extraña y terrible, digna de un estudio profundo, medio envuelta ya en la claridad visionaria de la leyenda popular, y que se mira cruzar, con paso lento y majestuoso,

por medio del clarooscuro político a lo Rembrandt, que cubrió a Guatemala desde 1874 a 1885.

Antes que todo, y sobre todo, Justo Rufino Barrios es un reformador, o mejor dicho, un formidable trabajador. Echase de ver en su obra una exhuberancia y una fuerza prodigiosa. Tiene a veces cierta grandeza primitiva, y por entre los cactus, las raíces reptiles, las ásperas ramas y los helechos del siniestro bosque de nuestra política, vésele aparecer envuelto en su piel de león y se siente un olor de fiemo de cárabo. Hay hombres leones, así como hay hombres águilas. Mirad fijamente el rostro de Barrios, y encontraréis en él algo del rey de los bosques; mirad fijamente el perfil del héroe de Gualcho, y encontraréis en él, algo de la reina de las aves. La naturaleza reproduce en las facciones las tendencias del alma. Ya lo sabía Homero cuando en su profunda candidez dijo de Aquiles que era un león.

En Justo Rufino Barrios todo era poderoso y rudo: la cabeza volcánica, con un cerebro por cráter; el ceño, que si no hacía temblar los cielos y la Tierra, como el de Júpiter armipotente, según el hermoso verso de Horacio, en cambio hacía temblar a sus enemigos; la fascinadora mirada con que infundía el pavor en los espíritus débiles y pusilánimes; la voz, un trueno después del relámpago de los ojos; el brazo hercúleo, capaz de blandir un mazo y romper de un golpe una roca en dos; el pie, firme sobre un terreno que estaba minado y en continua convulsión; y sobre aquella cabeza erguida en una cerviz táurica, siempre las negras alas

de una tempestad próxima, que llenaba de sordos rumores el horizonte de Guatemala.

Decidme ahora, si no era necesario, para conservarse de pie tener un espíritu ciclópeo y contestar a las flechas y a las traiciones de París, con los pedruscos de Polifemo? Decidme ahora, si este fuerte cazador, no necesita encender sus luminarias, para ahuyentar la lobreguez social, donde brillaban mil ojos sangrientos, gruñían mil gargantas famélicas y rechinaban mil mandíbulas invisibles? Decidme ahora, si este audaz domador, no necesitaba tener su látigo, sus bozales y sus jaulas, para amansar a muchos lobos y a muchos tigres humanos?

Alzarse de pronto, con unos cuantos haraposos soñadores, en las serranías de Occidente, ante la poderosísima teocracia de Guatemala, sin armas, sin dinero y sin prestigios; no tener por más amigos y auxiliares que los profundos barrancos, los enmarañados matorrales y los pedregosos desfiladeros; hacer de aquella cuadrilla de perseguidos, una columna de perseguidores; convertir un tiroteo en una escaramuza, y una escaramuza en un combate, dando así proporciones a lo que en realidad no existía; cambiar las pequeñas derrotas, en victorias que asustaron al partido conservador; atraerse a García Granados, el cerebro, para que lo dirigiera a él, el brazo; convertir aquella columna volante en ejército y aquellos haraposos en redentores; derrotar en San Lucas, en el Coxom y en Tierra Blanca, a unas tropas tras las que se escondía un partido admirablemente compacto; levantar una acta, para que en lo futuro fuera un pedestal; su-

bir al solio presidencial y abarcar por catorce años el país con ojo de águila; traer una civilización de correos, códigos, telégrafos, ferrocarriles, libertad de enseñanza y libertad de cultos, escuelas, institutos, hospitales, jardines y sociedades científicas y literarias, sobre una inmensa barbarie religiosa; destruir una aristocracia insolente y crear un pueblo; derribar un pasado sombrío para edificar un presente luminoso; concluir con una vejez irrisoria, para dar vida a una juventud briosa; hacer ahogarse en un mar de luz, una bestia apocalíptica de sombras; no dejar piedra sobre piedra de un edificio medioeval y construir en cambio un palacio a la moderna; hacer que el orbe eche de ver que hay un nuevo nombre agregado a la lista de los pueblos cultos; destruir por completo la conciencia de un grupo político, dejando íntegra el alma nacional; derramar generosidades a manos llenas, sobre egoísmos huraños y torpes; hacer que el presente vierta algunas gotas de sangre, para que todo un porvenir nos lo agradezca; seguir las huellas de Francisco Morazán y caer como un héroe de veinte años en Chalchuapa; ser objeto de los insultos de un dómine trasnochado y de los elogios de un Juan Montalvo; ganar honroso puesto en la historia, subirse a la fulgurante cúspide de la apoteosis y dar un vuelo por la inmortalidad, es lo que yo admiro en esta figura trágica y brillante.

A Justo Rufino Barrios le tocó en suerte desvanecer aquella densa noche social que pesaba sobre Guatemala de 1840, año terrible en que Morazán, ese gallardo y generoso paladín de la cru-

zada unionista, salió de esta capital, entre un cuadro de fuego y envuelto en un huracán de plomo. Bajo aquella enorme sombra que cubrió a Guatemala después, no se oía más que un imponente murmullo de preces, las hondas, místicas voces del órgano y lúgubre doblar de las campanas de una creencia, que empieza a entrar en putrefacción. Después, oyóse en las sierras de *Los Altos* una como pelea de cóndores, e iluminó el horizonte lóbrego uno como centelleo de astros. Eran los rumores de la revolución y los fognazos de los fusiles! Al miedo sucedió el pánico en las filas del retroceso, y ahí fué el lamentarse de hijos ante los oídos del catolicismo, sobre las frías baldosas de los templos, entre los cirios de temblorosas llamas, bajo las severas arcadas, en tanto que el ejército libertador, seguro, compacto y resuelto, avanzaba sobre la capital, desplegados los pendones al viento y seguido de una torre de polvo.

Lo que sucedió después, ya lo sabéis vosotros. La época era de reformas. Demoler, he aquí lo primero; construir, he aquí lo segundo. La contemporización con los vencidos, hubiera sido un crimen de lesa Patria, que la juventud actual hubiera purgado en la ignorancia y el embrutecimiento. Una gran llaga estaba comiéndose las carnes del cuerpo social. Había que extirpar esa llaga, con el hierro candente y los ácidos corrosivos; pero aquel cuerpo tenía una vida y aquella vida protestaría por una boca. El cloroformo ayuda en estos casos en gran manera a las operaciones; pero, ciertas clases de cloroformo, debili-

tan a esos seres monstruosos que se llaman sociedades. Entonces, aquel médico audaz llamó, en un momento desesperado, a la mordaza del auxilio. Y la mordaza vino, mas como continuara el paciente agitándose en epilépticas convulsiones, vinieron los grillos y vinieron las cadenas, y vinieron las esposas, y en fin, vino aquella serie de presiones duras, que pusieron en calma a esta nación, continuamente agitada por estultos caudillejos y nobles de parroquia.

Pensar en componer un pueblo con buenos consejos, es como pretender curar a un enfermo con enseñarle la pócima. El despotismo de Justo Rufino Barrios, no es simplemente un despotismo; calificarlo así, es lamentable miopía de la visión del alma. Despotismo brutal es el de Rosas, ese gaucho feroz que saltó como un tigre pampero sobre la Argentina; despotismo brutal es el del doctor Fracia, el sombrío y marmóreo tirano del Paraguay; despotismo brutal es el de Ignacio Veintemilla, ese histrión tan estúpido como ignaro; despotismo brutal es el de Andueza Palacio, ese cerdo que convirtió la Casa Amarilla de Caracas en una pocilga; despotismo brutal es el de Ulises Hereaux, ese negro antropófago y repulsivo. Estos sí son déspotas, estos sí son tiranos, estos sí son bestias humanas. Algunos son leopardos, otros son hienas y hay varios perros rabiosos. Comparar a Justo Rufino Barrios con estos bandidos, con estos salteadores, con estos criminales, es tener un espíritu muy menguado, es no medir la portentosa obra de aquel hombre, es olvidar el tremendo drama cuyo principal papel le tocó re-

presentar; es no imaginarse aquel pasado de miserias, ni los catorce años de lucha entre los elementos contrarios, ni nuestro presente todavía vacilante; es, en fin, soñar en cubrir, con la gota de bilis de un odio estúpido, el mar en cólera de la Revolución del 71.

En cuestión de justicia histórica, el presente es la gran parcialidad y el futuro la gran imparcialidad. No se juzga a un hombre y menos a un Barrios, con la sonrisa de hoy, sino con el ceño del mañana. Hay, en la pupila del historiador, cuando sondea los acontecimientos idos, cierto fulgor dantesco, y en su fallo, cierta pureza de nieve. Lo justo es inclemente, y lo inclemente tiene la blancura y la frialdad del mármol. Tácito, Suetonio, Dante, Víctor Hugo y Montalvo, deben haberse puesto pálidos al condenar a algunos malvados. El historiador y el escritor histórico, tienen enfrente dos cosas tremendas: la sinistra sonrisa de la esfinge y la fría mirada del ojo de la tumba.

La historia no es más que un proceso. Tras el sumario el plenario, y luego la sentencia, que casi siempre es inapelable, porque casi siempre es justa. Algunas veces, después de que el reo ha sido absuelto por varias generaciones, no faltan insensatos e imbéciles que traten de condenarlo y entonces se escriben folletos contra Francisco Morazán. Insultar es nada; calumniar es morder; morder honras, morder ciudadanos ilustres, morder memorias veneradas. El hombre-colmillo es peor que el hombre intestino. Es más temible el cocodrilo que el hipopótamo y el áspid que la ba-

llena. Del hartazgo sólo sale un Sileno, un Tolomeo, un Baltazar, un Enrique VIII, un Papa; del mordisco, ha salido una pléyade de escritor-zuelos venales, que ha cubierto de injurias y calumnias a todos los grandes de la América Latina. Ensañarse en la memoria de los muertos, tiene cierta voluptuosidad desconocida. Es un lúgubre goce de la sombra. Algunos seres inferiores tienen más placeres que algunos seres superiores. La hiena goza más que el león; el cuervo goza más que el cóndor; el gusano más que la mariposa. Lo obscuro, lo hediondo tienen esas compensaciones. El monstruo está en todas partes, en la luz o en la obscuridad. Bajo el sol de Africa se llama serpiente, y en la huesa se llama gusano. Un águila y un cuervo son dos monstruos: la una sobre el crestón y la otra sobre el cadáver. Hay diferencia. La una desgarrar los corazones sangrientos y la otra los vientres lívidos; la una lanzando grito potente, se dispara sobre el miserable, y entonces García Moreno muere bajo la garra de Montalvo; y el otro, acompañado de negra banda, tírase sobre los cadáveres de Bolívar, Morazán y Barrios, dando el espectáculo de un hormigueo de manchas sobre los restos de los bienhechores de los pueblos.

Justo Rufino Barrios entrará en la historia de Centro América como una gran figura. Ahora, en el mar embravecido de nuestras luchas, es como un faro imponente y aislado, que arroja un haz de luz sobre las espumas de nuestros mezquinos odios. Este hombre, en medio de sus nublados y borrascas, tiene ya proporciones enormes.

Tras el espeso telón que nos oculta su vida, el pensador presidente es una silueta colosal y luminosa, que se va hiriendo las tablas con paso firme y seguro, dejando oír un sonoro ruido de espuelas.

Justo Rufino Barrios es como un Esquilo de nuestra política que dejó sin concluir su mejor tragedia: la Unión de la América Central. La primera parte, da idea de cómo hubieran sido las otras. Hay tal encarnizamiento en la matanza del 2 de abril, que el pensador se hunde en amargas reflexiones. Si no fuera por lo grande de la causa, Chalchuapa sería simplemente una hecatombe feroz. Por fortuna no es eso. Chalchuapa no es un combate, ni una batalla, ni una victoria, ni una derrota, ni un incendio. ¿Qué es entonces Chalchuapa? Un relámpago. La pupila sufre una dilatación ante ese cuadro súbito. Se siente el rumor de las grandes catástrofes y hay un misterioso fruncimiento de cejas en el cielo. A través de ese humo sagrado, vagan los espectros de Barrundia, de Jerez, de Gerardo Barrios y de Francisco Morazán. La sangre tiene allí la opulencia de la gloria. En la pradera convulsa, sobre el césped verde, envuelto en la oriflama de la antigua Patria, yace un fiero difunto. Dolor, coraje, desesperación, audacia y heroísmo, están pintados en su semblante, que termina en barba plateada, a la que nunca echó mano un temerario. Las viejas águilas clásicas le están mirando desde la cumbrè andina.....

Ah! si Justo Rufino Barrios no hubiera muerto hace once años en este infausto día, en verdad

os digo, que a estas horas, un viento nuevo y fecundo, un vasto y poderoso soplo de civilización, venido del océano de luz del siglo XIX, pasaría sobre las cabezas de los cuatro millones de habitantes del Istmo centroamericano.

He dicho.

Juan Ramón Molina.

Guatemala, abril 2 de 1896.”

Según me ha referido el Lic. Adolfo Miralda, que hacía estudios de abogacía, él se encontraba confundido entre la selecta concurrencia que escuchaba a Molina ante la tumba de Barrios.

Al bajar de la tribuna, fué objeto de vivas muestras de aprecio de parte del gran mundo oficial e intelectual, al extremo de franquearle las puertas de la más hermética sociedad capitalina, tanto por su talento como por su porte de un trahisno griego. Es decir, habían visto despuntar en Molina a un hombre de positivas promesas.

El poeta hondureño permaneció en Guatemala todo el 96 y casi todo el 97 en la más holgada de las posiciones económicas y querido por los elementos más valiosos de la época.



regreso a la patria

El Gral. Ceferino Delgado, al tanto de imprevistos apuros económicos del máximo bardo hondureño, refería a sus familiares, que deseoso Molina de regresar a la Patria, se dirigió a su padre don Federico, solicitando gastos de viaje. Inmediatamente fué atendido, girando los fondos necesarios, que desgraciadamente al ser cobrados se esfumaron en francachelas:

Al verse nuevamente Molina sin un cobre, por segunda vez suplicó a su padre; éste, con algunas dificultades, reunió lo solicitado haciendo igual remesa. Y sucedió, que una vez más la plata en manos del poeta se volatizó como la primera.

Entonces Molina ya no encontró pretextos para pedir más dinero a don Federico, dirigiéndose a su madre, doña Juana; la buena señora, mejor conocedora del espíritu bohemio de su hijo, en vez de girarle, encargó a una viuda acaudalada que se dirigía a Guatemala a vender ganado, para que le comprara el pasaje, previniéndola no darle un centavo.

Como a Molina se le pusiera en autos, y al saber de la llegada de la viuda, fué a reclamarle la

suma que había recibido de manos de su madre; ella, calándose los espejuelos para medir mejor la estatura del poeta, le manifestó: "Tengo instrucciones de doña Juana, de pagarle el pasaje y gastos menudos, menos de entregarle ni un níquel."

El poeta, visiblemente molesto, la increpó: "¡No había de ser vende ganado para dejar ver entre sus espejuelos, su espíritu mercantilista!" Se marchó, realizando el viaje, gracias al espíritu generoso de sus amigos chapines.

---o---

El ínclito viajero vino a Tegucigalpa, procedente de la ciudad de Guatemala, a fines de 1897, hospedándose en casa de su madre doña Juana de Molina, Calle Real de Comayagüela.

Todas las tardes, con pantalones de montar y chumpa de caza, salía con la escopeta al hombro, rumbo al cerro la Zopilotería o al Estiquirín, en busca de un temible tigre o de simples palomas de monte.

Nunca se le vió regresar con pieza cobrada. Aburrido, pues, alternaba el entusiasmo de la caza con la pesca.

Su sitio predilecto era la famosa Poza del Carrizal, en las faldas del cerro de Juana Laínez, frente a un antiquísimo ceibo ya desaparecido.

Mientras las lavanderas restregaban sobre las piedras ropa sucia, observaban con curiosidad al poeta, por aquella importancia que se gastaba; él impertérrito, no se dignaba alzar la vista, clavada en el anzuelo en espera de ver picar a un noble guapote o a un bagre plebeyo.

Al pasarse la tarde en blanco, y con la espe-

ranza de pescar al siguiente día, enrollaba el sedal marchándose contento, como siempre, de las horas perdidas.....

---0---

La venida de Molina coincidió con la clausura de las clases del año lectivo del Colegio El Porvenir que dirigía el Lic. Esteban Guardiola.

Molina fué comisionado por el personal docente para decir las palabras de fin de año escolar.

Al aceptar, en aquella ocasión se reveló como un literato brillante, enjundioso; fué una sorpresa para la juventud hondureña encontrarse con un compatriota que de la anonimidad saltaba a la vanguardia de las letras nacionales.

En 1898 dió a conocer por primera vez en el país, El Aguila, en las columnas de "El Cronista", semanario fundado por él. Con este canto reafirmó en la conciencia nacional sus quilates de buen oro intelectual al ser proclamado el abanderado de la poesía hondureña.

El mismo año estudió derecho en nuestra Universidad.

Entonces era Presidente de la República el Doctor Policarpo Bonilla, 1894 a 1899, quien tomando en cuenta sus capacidades, lo nombró Subsecretario del Ministerio de Fomento y Obras Públicas. A continuación abandonó los estudios universitarios por considerarlos incompatibles con su vocación ya determinada.

Molina andaba en los 22 años cuando publicó "El Cronista". A los 24, o sea en 1899, asume la dirección de "Diario de Honduras", periódico

fundado en 1893 por el doctor Alberto Zúniga con la anuencia del presidente de facto, Gral. Domingo Vásquez.

En manos de Molina dió nueva orientación a la prensa del país con la nota informativa y palpitante que imprimiera al primer cotidiano serio, que pueda tomarse en cuenta.



mi primer contacto

el molina que yo conocí

Nací y continúo viviendo en el coqueto barrio El Jazmín. De esto hace más de cincuenta años.

A cortos pasos de la casa de mi madre, Isabel Oquellí, y en la residencia de doña Dominga v. de Cuéllar, vivió por espacio de muchos años el gran Juan Ramón Molina. Entonces joven, lleno de vida, soltero.

En aquella época yo era un adolescente, admirador ferviente del poeta.

Molina al comprender mi devoción por su estro poético, de la noche a la mañana me estimuló nombrándome su principal mandadero. Yo tenía el privilegio de ir a comprarle aguardiente al estanco de Joche Lanza.

De aquellos lejanos días aún recuerdo la postura gallarda del poeta y de su amor a las hembras que encabritadas por el macho se disputaban sus brazos.

Un sincero amigo de Molina fué el poeta olanchano José Antonio Domínguez que a diario lo visitaba en compañía muchas veces, de los literatos Timoteo Miralda y Juan Bustillo Rivera.

Nunca olvidaré los días de francachela. Gustaba disiparlos en las márgenes del Río Choluteca, mas conocido en la capital con el nombre de Río Grande.

El Ateneo de Honduras fundado por Froylán Turcios, en 1905 promovió, auspiciado por el gobierno del Gral. Manuel Bonilla, un concurso de Juegos Florales.

Llegada la noche de los festejos, el primero en hacer uso de la palabra fué el Doctor Carlos Alberto Uclés con un brillante discurso, lleno de citas, producto de su erudición, de párrafos luminosos.

La pieza oratoria resultó larga, larguísima, concluyendo el orador con una promesa, a falta de tiempo, de historiar en otra ocasión los orígenes de los Juegos Florales. A continuación se dejó oír una salva de aplausos en el *salón de retratos*, del antiguo palacio nacional, lugar donde se habían dado cita los patrocinadores de los juegos.

Luis Andrés Zúniga, orgullo de las letras hondureñas, resultó vencedor en el concurso con la *flor natural*. El poeta hizo uso de la palabra y dijo con acento musical su bello poema, *poeta y aldeano*.

Siguió en la tribuna Molina, quien no tomó parte en el concurso, pero como contribución personal al esplendor de los festejos, leyó los versos inolvidables dedicados a su hermano,

río grande

A Esteban Guardiola.

Sacude, amado río, tu clara cabellera,
eternamente arrulla mi nativa ribera,
vé a confundir tu risa con el rumor del mar.
Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas,
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,
tostada por tus soles, mirándote rodar.....

Presa fuí del ensueño. Tus guijarros brillantes
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes
de un Visapur incógnito de rara esplendidez;
y en tu sonoro y límpido cristal de luna llena
el espejo de plata de una falaz sirena
de torso femenino y apéndice de pez.

¡Oh, infancia! ¡Quién te hubiera parado en tu camino!
Dueño era de la lámpara de iris de Aladino,
de su mágico anillo, de su feliz candor:
como él tuvo pirámides de gemas fabulosas,
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,
y fué mi amada la hija de un gran emperador.

Mas, todo fué más frágil y breve que tu espuma,
más efímero y vago que la temprana bruma,
que sube de tus aguas hacia el celeste azur;
arenas confundidas en tu glacial corriente,
pájaros errabundos que buscan lentamente
las vírgenes florestas que bañas en el Sur.

Lejos de estas montañas, en un lugar distante,
soñaba con tu fresca corriente murmurante,
como en la voz armónica de una amada mujer;

con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,
con tus morenas garzas, inmóviles y hieráticas,
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.

Cuando volví a mirarte el opio del hastío
me envenenaba; pero tu grato murmurio
tornó a dar a mi espíritu una sedante paz;
lavaste con tus olas sus agrias levaduras,
mi corazón llenaste de candidas ternuras,
y una nueva sonrisa iluminó mi faz.

Amo tus grandes pozas de tonos verdioscuros,
tus grises arenales y los peñascos duros,
con los que a veces trabas una furiosa lid;
y tus abrevaderos, que cubren enramadas,
donde su sed apagan las tímidas vacadas,
como en las fuentes bíblicas el ciervo de David.

Las flores de tus ásperos y espesos matorrales,
tus islotes, cubiertos de espinos y chilcales,
y los musgosos árboles que en tu margen se ven,
el gránulo de oro que en tus arenas brilla,
la raíz que como sierpe se sumerge en tu orilla,
la rama que te besa con rítmico vaivén.

Tus aguas salutíferas me dieron nueva vida.
Infatigable buzo, perseguí en su guarida
a la ligera nutria debajo del peñón;
crucé con fuerte brazo tus remolinos todos,
conocí los peligros que ocultan tus recodos
y me dejé arrastrar de tu canturria al son.

A veces, en las tardes, con perezoso paso
he seguido tus márgenes, que el sol, desde el ocaso,
dora con los destellos de su postrera luz,

presa de una profunda, tenaz melancolía,
tejiendo soñaciones de vaga poesía,
que mi Tabor ha sido, pero también mi cruz!

¿Qué dicen los polifonos murmullos de tus linfas?
¿Son risas de tus náyades? ¿Son quejas de tus ninfas?
¿Pan tañe en la espesura su flauta de cristal?
Oigo suspiros suaves.....gimen ocultas violas.....
alguien dice mi nombre desde las claras olas,
oculto en los repliegues del líquido raudal.

¡En vano estoy inquieto, clavado en tu ribera!
No miraré, ¡oh náyade! tu verde cabellera,
ni el jaspe de tus hombros, ni el nácar de tu tez;
sólo percibo, bajo la superficie fría,
---joyel de una cambiante y ardiente pedrería---
cual súbito relámpago, un fugitivo pez.

De noche---en esas noches solemnemente bellas---
una por una bajan del cielo las estrellas
medrosas, en tu tálamo de aljófar a dormir;
y cuando se despierta la virginal mañana,
vestida con su túnica magnífica de grana,
huyen a sus palacios de plata y de zafir.

En los postreros meses del tórrido verano
semejas un medroso y claudicante anciano,
de empobrecidas venas y de cascada voz;
tus árboles parecen raquíticos enfermos,
tus eras se transforman en miserables yermos,
segadas por el filo de una candente hoz.

Por todos lados hallan los encendidos ojos,
lajas resplandecientes, misérrimos rastros
y pedregales agrios donde te encharcas tú;

duermen las lagartijas su siesta en los barrancos,
y la torcaz---del monte en los escuetos flancos---
se queja bajo un cielo de vívido tisú.

Mas ya las nubes abren sus lóbregas entrañas:
un diluvio benéfico desciende a las montañas,
cien arroyos hirvientes hasta tu cauce van;
arrastras en tu cólera los más robustos troncos,
y---sacudiendo peñas y dando gritos roncous---
pareces el hermano del hórrido huracán.

Pláceme así mirarte cuando a tu orilla acudo,
cuando me precipito---enérgico y desnudo---
en tus revueltas aguas que reventar se ven;
y aspiro de tus bosques el capitoso efluvio
y pienso que eres una corriente del diluvio
que fragorosa bate mi palpitante sien

Porque amo todo aquello que es grande o que es sublime:
el águila tonante, no el pájaro que gime,
el himno victorioso, no el verso femenil;
las mudas, y solemnes, y vastas soledades,
los lúgubres abismos, las fieras tempestades,
todo lo que es soberbio, grandioso o varonil!

Te amo por eso cuando con vigorosas alas,
te cruza---mientras turbio y aterrador resbalas---
lanzando gritos ásperos el martín-pescador;
y, columpiando agrestes parajes nemorosos,
vas a asustar los viejos caimanes escamosos,
tendidos en la costa con plácido sopor.

Sigue rodando, oh río, por tus eternos cauces,
vé a endulzar del enorme Pacífico las fauces,
sé un manantial perenne de vida y de salud;

muy pronto iré a tu orilla, con ánimo cobarde,
bajo la paz áugusta de una tranquila tarde,
a recordar mi loca y ardiente juventud.

Mañana—cuando me haga sus misteriosas señas
la muerte—bajo un lote de cardos y de breñas,
en una humilde fosa tendré que reposar;
sin que ninguno inscriba, pues de verdad nadie ama,
sobre una piedra—mísera y tosca un epigrama
piadoso, que a las gentes convide a meditar.

Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido
no arrastrarán del todo; porque un desconocido
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel;
recordará mis versos con noble simpatía,
mi fugitivo paso por la tierra sombría,
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.

Envuelto en un solemne crepúsculo inefable,
dirá tal vez pensando en nuestro sér variable:
---“Cual nuestro patrio río su espíritu fué así:
soberbio y apacible, terrífico o sereno,
resplandeciente de astros o túbido de cieno,
con rápidos, y honduras, y vórtices---.” Tal fuí.

Tal fuí, porque fuí hombre, oh soñador ignoto,
pálido hermano mío, que en porvenir remoto
recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.
¡Que el aire vespertino refresque tu cabeza,
la música del agua disipe tu tristeza
y yazga eternamente, bajo la tierra yo!

Molina era un poeta admirado por sus compatriotas, pero no era un hombre querido; pagado de su tipo griego, del corte de su sastre y de su verbo, se gastaba una pedante prosopopeya; a la mayor parte de las gentes las veía como a trastos viejos.

Una de las pocas personas que le dispensó cordialidad sin cortapizas, fué doña Aurelia de Vives Monjil, madre del Doctor Enrique Vives Monjil.

Doña Aurelia estimaba a Molina, no como a simple amigo, sino como a un miembro de su familia y las puertas de su casa siempre permanecieron abiertas al vate hondureño.

Recuérdese que doña Aurelia era una brillante pianista; tal vez por su espíritu sensible y educación artística, comprendía y quería a Molina.

El "Responso al Padre Reyes" escrito el 16 de septiembre de 1905 y cantado el 20 del mismo mes, quincuagésimo aniversario de la muerte del ilustre sacerdote, fué inspirado por doña Aurelia y ella compuso la música.

Mas tarde Molina escribió, "Himno del 15 de septiembre" con música del Dr. Vives Monjil, profesional y compositor de cartel, muy alabado en sus destacadas actividades.

En muy sensible que tan bello canto sea desconocido por la generalidad de la juventud escolar.

---0---

El sitio predilecto de Molina para sus disipaciones, era la poza de Gaspar, formada por el cur-

so del Río Grande, al pie del Cerrito de la Moncada.

En sus cuchipandas se hacía escoltar por gente disimil. Varias veces le ví seguido del penden-ciero Próspero *bambita*; del guitarrista don Cruz *managua*; y del pescador Benito *pelusanga*.

Al concederles el honor de brindar en el pico de la misma botella, se agigantaban y hubieran dado la vida por el hombre que los trataba de potencia a potencia.

Al terminar con los fondos no paraba en seco; a fin de continuar con las libaciones, mandaba a uno de los compañeros de parranda a vender o empeñar por cualquier cosa, objetos personales, como ser anillos, prendedor de corbata, reloj, etc.

Cuando Molina suspendía la copa ¡había qué verlo! Primero ordenaba a su estado mayor, un aseo general en su vivienda y arreglo de las cosas tiradas al azar. Después con buenas maneras despedía a los amigos ocasionales.

Si una hora después los encontraba en la calle, no se dignaba mirarlos; ya no era el Molina que habían conocido; ahora era un rey, tal la arrogancia y el desprecio que transpiraba por todos los poros del cuerpo al caminar por los callejones y plazas coloniales de Tegucigalpa.

En su Autobiografía dejó entrever algo de su idiosincrasia:

“Para unos soy monstruosamente vano;
para otros humilde y muy sincero:”

Mostraba tal orgullo en su apostura (no siempre en el trato), que yo, considerado su principal

mandadero, no me atrevía a visitarlo en su estado normal, salvo que él me llamara para llevarle o traerle pruebas de la imprenta.

Sí, me gustaba verlo día y noche embrocado sobre los libros; no los leía, los devoraba.

Con volúmenes de ciertos autores clásicos, se abstraía de tal modo, que al terminar el último capítulo, el piso quedaba alfombrado con las hojas del libro, que inconscientemente iba desprendiendo a medida iba leyendo.

Al volver en sí, del mundo de sus ensueños, y contemplar las hojas formando tableros de ajedrez por el suelo, muy sorprendido -a su manera preguntaba:

-Hombre, y esto cómo ha sido?

-Usted, poeta, usted.

-¡Yo?

-Pues, sería el barrendero.....

-¡Tú fuiste! -gritaba con regocijo-

---0---

Don Nicolás Urquieta fué un mexicano que tuvo buena aceptación en los planteles de enseñanza de la capital, por su competencia como profesor de dibujo y pintura.

Pero Urquieta padecía del mal de Molina, de empinar el codo más de lo razonable.

En los días de festejo, festejo a Baco que podía ser cualquier lunes, casi siempre hacían "causa común" prolongando las horas amenas. Al concluir con los fondos disponibles, echaban mano de los enseres de casa, como ser sillas y mesas.

Por último, cuando todo se había agotado, se les veía llevar el catre de dormir, Molina de un

extremo y Urquieta del otro, rumbo al estanco de Chón Fúnes.

---o---

Por algún tiempo perdí de vista a Molina. Supe de su casamiento y de actividades en la prensa y de su nueva residencia en un barrio más apartado.

---o---

Años después, con sorpresa de mi parte, volvió a vivir en la antigua casa, perteneciente a la señora viuda de Cuéllar, o sea la que hoy ocupa la Administración de Rentas. En frente funcionaba la *imprensa popular*, de propiedad del Gral. José María Valladares donde se editaba "Diario de Honduras", continuando Molina en la dirección. Entonces ya se encontraba viudo de su esposa doña Dolores Inestroza, bella mujer, de familia distinguidísima.

Tal vez por sentirse solo, por el vacío que en su corazón dejara la compañera idolatrada, a quien inmortalizó con el sentido poema *una muerta*, Molina con frecuencia se entregaba a las disipaciones.

Miguel Lanza, competentísimo tipógrafo, jefe de los talleres donde se imprimía "Diario de Honduras", un día nos refería en presencia del escritor Ramón Santamaría, que cuando el bardo apuraba sus ajenjos, rogaba a los amigos o a cualquiera de los cajistas de la imprenta, para acompañarle por la noche.

Si no encontraba compañía, muchas veces se quedaba en plena calle, a la sombra de un gen-darme.

El poeta al explicarse, sostenía con vehemencia, que su esposa antes de morir, le había jurado que si no renunciaba a las copas, no lo dejaría un momento tranquilo.

Lanza, que en varios lances personales había probado ser un hombre valiente, nada fanfarrón, al contrario, se daba a querer por su seriedad y ser cumplido en su trabajo, contaba que una noche se quedó acompañando al poeta.

Antes de acostarse tomaron dos o tres tragos.

Molina se acomodó en su lecho especial, rodeado de un largo biombo plegable por medio de bisagras, y Lanza ocupó una hamaca colgada en la misma pieza, siempre dispuesta para tales huéspedes, a cortos pasos de la cama.

Lanza que no creía en los temores de Molina y menos en la amenaza de la difunta esposa, se entregó en brazos de Morfeo de la manera más despreocupada.

A eso como a las tres de la madrugada—decía Lanza—, “me desperté alarmado al oír voces del poeta pidiendo socorro.”

“Inmediatamente, todo azorado, agucé el oído y al tratar de incorporarme para prestar mi auxilio, sentí que dos manos heladas impidieron levantarme. Entonces yo también quise gritar y no pude; un frío, quizás el de la muerta, me hizo estremecer y sentí que copioso sudor me bañaba el cuerpo, al mismo tiempo un miedo horrible se apoderó de todas mis facultades, como jamás lo había sufrido en mi vida.”

“Aunque turbado, como semi inconsciente, juré mentalmente no volver a acompañar al poeta

ya que era cierto su porfía, de que el espíritu de su esposa no lo dejaría en paz si no abandonaba el licor.”

---o---

En la Administración del Gral. Manuel Bonilla, 1903 a 1907, Molina como un meteoro se acercaba al apogeo de su fama. Ya era un hombre de 30 años, con todo el vigor de la juventud, de pensamiento altamente aquilatado.

Como profesor de la Academia Militar (Escuela Politécnica) estaba obligado a vestir uniforme de coronel, uniforme que le lucía y gustaba llevar.

El sastre de moda era don Juan Manuel Girón.

Un domingo, Molina me llamó para preguntarme si sabía en qué “cuchitril” tenía el taller instalado el señor Girón.

Como le contestara que en la ciudad vecina de Comayagiuela, en la primera avenida, en unos cuartos del capitalista don Cipriano Velásquez, me excitó a que le acompañara.

Una vez en presencia del maestro, dijo:

-Vengo a que me hagas un dorman blanco; quiero parecerme al príncipe de Gales.

-Será un honor para mí, poeta.

-¡Qué honor de la perica! Piensa que tú eres el primer sastre y yo el primer poeta, ¡en algo nos parecemos!

---o---

Debo aclarar, que al traspasar los umbrales de la adolescencia, continué tratando a Molina, no como amigo, sino como viejo vecino, con algo

de familiaridad en todo lo relacionado con pequeños servicios.

No culpo a Molina de haber visto a la mayor parte de las gentes que le consideraban *amigo*, como a gentuza descalza.

Había nacido con su tic orgulloso; era innato en él su modo de conducirse: no podía renunciar a su idiosincrasia por tener antes que renunciar a su misma naturaleza. A sus rasgos característicos agréguese su talento nada común en Tegucigalpa, resultando intolerable con los que no espigaban a su altura.

Entre la gente del bajo pueblo resultaba algo extraño; aunque sabían de sus desprecios, lo admiraban, lo querían, al punto de seguirlo y cuidarlo cuando el poeta andaba de francachela a fin de que no le fuera a suceder algo lamentable.

Tuvo algunos encuentros personales, en su estado normal, con elementos conspicuos de nuestra sociedad, tal con el reputado historiador, doctor Rómulo E. Durón.

El disgusto provino por el aparecimiento de una interesante obra titulada "El Alcalde Mallol", obra documentada acerca del primer alcalde de la Villa de Tegucigalpa, publicada por el Dr. Durón.

Molina se mostró tan agresivo en sus comentarios, llegando a afirmar en uno de sus artículos, que las hojas del libro las ocupaban las pulperas en envolver caramelos. Así las cosas se fueron agriando hasta terminar a bastonazos en ~~plano~~ Parque Morazán.

Las personas que estimaban a Molina se contaban con los dedos; entre los jurisconsultos, a

Alvarado Manzano y Pedro J. Bustillo; de los políticos al Dr. Policarpo Bonilla. Al Gral. Manuel Bonilla lo tenía como benefactor de artistas, intelectuales y gremio estudiantil.

Entre los hombres de pluma el Lic. Esteban Guardiola, Adán Coello y con Augusto Coello fundó "Espíritu", antología de altas letras. De manera especial cultivó relaciones con Luis Andrés Zúñiga.

Con Froylán Turcios intimó en las postrimerías de su muerte.

Se destacaba un cariño muy singular para el doctor Alejo S. Lara, de quien siempre se dijo que era la tabla de salvación de Molina en sus grandes crisis. El poeta, este aprecio nunca lo disimuló, al contrario, lo proclamó al escribir el poema *Aguilas y Cóndores* con la siguiente dedicatoria, al Doctor Lara:

"Para tí, gran inteligencia y gran corazón,
que—en el augusto silencio de la amistad---
enfloraste mi lira y me tendiste la mano---
Mi espíritu augur--a través de la diaria vida
mediocre---hace un signo a tu alma patri-
cia---véneta o florentina---triplemente capaz
de amar, sentir y comprender.---J. R. M."

---0---

El poeta caminaba por las calles estrechas de Tegucigalpa, a manera de un dios de las letras, no por ostentación sino por ser inherente en él, aires de suficiencia, heredados de altivo ancestro, respaldado con el blasón del arte y la poesía que las musas le prodigaron. Parco en saludar y poco en ver lo que no le interesaba. Quiero decir, que no andaba reclutando admiradores a cambio de sonrisas.

lo que dijo don fausto

la estrella de molina brilla en toda su potencialidad

Contiguo a la casa de mi madre, Isabel Oque-
lí, en el barrio El Jazmín, el Doctor Fausto Dá-
vila tenía una propiedad, en la cual murió doña
María Durán (la colombiana), madre de su úni-
co hijo varón, don Tulio Dávila, todos ya falle-
cidos.

Por la vecindad y el hecho de haber compar-
tido las aulas del Instituto Nacional con su hijo y
sobrino Céleo, el Dr. Dávila me dispensó en todo
tiempo un trato afectuoso.

Su madre doña Maclovia Bonilla de Dávila,
al verme continuamente en compañía de sus nié-
tos, me regalaba aguacates y plátanos machos
traídos de su hacienda *Tuliapa*. Estos regalos no
eran más que una demostración de cariño.

De la estrecha amistad, pues, con su hijo y
sobrino y de la vecindad, creo que nació el apre-
cio con que me distinguió *don fausto*, tratamiento
que le daban sus más allegados.

De estudiante, todos los días visitaba la casa
de los amigos y a la vez los jóvenes Dávila fre-
cuentaban la mía, donde nos entregábamos a jue-
gos y pasatiempos de la edad.

Al hacer la anterior digresión, es precisamente con el objeto de que no se vaya a poner en tela de duda lo que relataré adelante, ya que don Fausto fué una de las pocas personas que presenciaron los triunfos literarios de Molina en el extranjero, hasta la fecha ignorados en Honduras.



viaje de molina al brasil

En 1906 el Gobierno de Honduras fué invitado a concurrir a la Tercera Conferencia Internacional Americana que se reuniría en Río de Janeiro.

Era Presidente de la República el Gral. Manuel Bonilla, quien se mostró protector de la educación pública y de muchos intelectuales como ser Jerónimo J. Reina, Timoteo Miralda, Froylán Turcios, Augusto C. Coello, Lobo Herrera, Juan Bustillo Rivera y otros que no recuerdo,

El Dr. Dávila me refería, que un día lo llamó el Gral. Bonilla, y le dijo:

---Ve, Fausto; he pensado en tí para que vayas a Río de Janeiro y te llevas a esos muchachos, *con el nombramiento de secretarios.*

---Quiénes?

---A Froylán y a Molina. El nombramiento será honorario; ellos en realidad no harán ningún trabajo de oficina.

---Y entonces, cómo me las voy a arreglar?

---No faltará quien, mediante buena paga, te ayude en el Brasil.

---Muy bien.

---Te repito y no olvides, Fausto, que el objeto de mandar a Froylán y a Molina, es con el propósito de que conozcan otros países, vean otras caras, se rocen con escritores de valía; ellos son inteligentes y algo aprovecharán.

---o---

Solamente las personas que trataron de cerca al Dr. Dávila, podrían hoy afirmar de lo simpático que se manifestaba en su plática, llena de anécdotas, de la sal que gastaba en sus regocijantes paliques.

Como era amigo de la fina alegría, muchas veces---intencionalmente---a fin de dar material a sus oyentes, exageraba algún cuento picarezo; otras, con salidas chispeantes, reanimaba la conversación provocando general carcajada.

Gustaba de la buena mesa, buen vino y buena conversación.

Una tarde que le encontré, como siempre, de excelente humor, le insinué:

---No terminó de contarme el viaje de Molina y Turcios a Río de Janeiro.

---Hombre, vale la pena; fué una travesía interesantísima. Debes recordar que no existían en Tegucigalpa autos de pasajeros; pues bien, siendo yo el Ministro, en la primera dormida fuera de la capital, tuve que hacerla de mozo, ensillándoles las mulas; ¡nunca lo habían hecho!

EN ESTADOS UNIDOS

---En New York, en donde tomaríamos el barco para el Brasil, nos encontramos con la delegación guatemalteca, encabezada por el Dr. Anto-

nio Batres Jaúregui, viejo amigo mío. El Dr. Jaúregui que ya tenía las mejores referencias de mis secretarios, los acogió en forma paternal. Hombre ilustrado, de experiencia y gran viajero, les aconsejó hacerse de buena ropa ya que fuera de Estados Unidos no conseguirían prendas de vestir de la calidad y corte norteamericano, especialmente trajes de etiqueta.

Mientras Molina y Turcios hacían sus compras, al mismo tiempo conocían detalles de la metrópoli, como ser mercados, iglesias, bibliotecas, la bolsa, parques zoológicos, el acuario, teatros, etc.

Pero la mejor ropa ---agregó maliciosamente don Fausto--- en el extranjero nunca la sacaron de los cofres.

---Por qué, doctor?

---Para venir a lucirla a las calles polvosas de Tegucigalpa.

Pocos días permaneció la delegación hondureña en New York, haciéndose a la mar con rumbo a Sur América en compañía de otras representaciones que llevaban la misma misión.

EN RIO DE JANEIRO

---Río, como posiblemente ya tú lo sabes, por su topografía, es uno de los más pintorescos y bellos puertos del mundo. Tiene una hermosa y tranquila bahía con el fondo de verde esmeralda de sus cerros, luciendo en el centro una moderna ciudad, bastante calurosa, pero con todas las comodidades y confort imaginables.

Al desembarcar, el elemento oficial nos hizo

una significativa recepción, yéndonos a hospedar en la parte de más movimiento del puerto, en la Avenida José María de Silva Paranhos, más conocido por *Barón de Rio Branco*.

Molina y Turcios, como ya desde los Estados Unidos lo venía disponiendo, ocuparon un departamento en el Hotel Alejandra, aparte del mío; quería que vivieran con la máxima independencia. Yo me instalé en una ala extrema del mismo edificio.

No sé por qué Turcios alquiló otro departamento, especial, en el Hotel de los Extranjeros, lugar donde se jugaba ruleta, se bebía sin tasa ni medida y los amores fáciles se codeaban con los pasajeros; pero turcios siempre pasaba la noche con Molina y parte del día.

Al principio, sólo a los tiempos de comidas tenía tiempo de charlar con ellos, no por falta de buena voluntad, sino porque andaba apurado en ciertos trámites relacionados con la próxima Conferencia.

El gobierno del Brasil, talvez por dar un golpe de efecto político, con anterioridad había dispuesto, que la apertura de las Conferencias debía efectuarse en el suntuoso palacio Monroe, soberbio edificio de mármol construído para tal efecto.

Así se hizo y yo asistí en compañía de mis secretarios.

Los poetas hondureños solamente dos veces concurrieron al palacio: el día de la inauguración y clausura de las Conferencias. Yo, por tal cosa, ni en lo menos me molesté; ya el Gral. Bonilla

repetidas veces me lo había advertido: "Turcios y Molina no van a hacer papel de escribientes."

El tiempo que yo gastaba en el seno de las Conferencias, Molina y Turcios lo discurrían leyendo, paseando, y de tarde en tarde en compañía de Ruben Darío y del Lic. Asunción Esquivel, Ministro de Costa Rica.

Con la única persona que se les veía deparar diariamente, era con Alvaro Melián Lafinur, poeta argentino.

---0---

---El primer día de las sesiones me encontré con un viejo amigo que representaba a su patria, la República Argentina.

Años atrás le había conocido en Estados Unidos y desde entonces le guardaba especial estimación por su claro talento y ser un hombre accesible.

Sus hijas que le acompañaban, dos bellas mujeres, desde el primer momento simpatizamos; aunque damas de refinada cultura, tenían mucho de las nuestras: francotas en el trato social; hacían a un lado toda etiqueta cuando comprendían que de verdad se les estimaba, es decir, dándole a uno trato familiar.

Vivían al corriente, por informes de su padre, que yo había llevado al Brasil dos poetas hondureños, con el carácter de secretarios y mucho les extrañaba no verme en compañía de ellos.

Debo aclarar, que Molina y Turcios permanecían aislados del personal oficial e intelectual. Nunca partió de mis secretarios buscar acercamiento con los escritores nacionales. Todavía no

se habían desprendido del carácter hurraño del hondureño, de so ser metidos ---como se dice comúnmente---.

Pensaban, que un contacto insinuado por ellos para estrechar relaciones con los señores de la pluma, desdice en cualquier parte del mundo a todo aquel que tiene algún valor intrínseco.

Un fenómeno curioso resultó de la vida apartada que se impusieron.

Mientras a los corresponsales de los grandes rotativos de América y a los literatos brasileros se les veía en toda reunión social, la actitud de Molina y Turcios en vez de pasar inadvertida, cada día avivaba el deseo de conocerles, de tratarles, a fin de agasajarlos.

Las hijas del ministro argentino que tenían sumo interés de cultivar relaciones con los poetas hondureños, una noche las encontré rebosantes de alegría. Al solo estrechar sus manos, una de ellas, Rosalpina, me habló sin rodeos: "Vea, doctor, tal día cumplo años; de acuerdo con mi familia, queremos como un favor de usted, que en el programa por elaborarse, tomen parte sus secretarios. Lo permite?"

Con el mayor placer ---contesté---; será un honor para la representación hondureña y desde hoy les anticipo mis agradecimientos.

La familia del ministro argentino, formaba parte de la élite social y económica de Buenos Aires. Por consiguiente, una fiesta de tal índole tenía que ser rumbosa.

Esa noche, temprano me despedí de los amigos y directamente me fuí al Hotel Alejandra. Al

franquear el departamento que ocupaban, les dije con estas palabras:

---Muchachos, hay un gran chance para ustedes.

---De qué se trata, doctor?

---Rosalpina, la hija mayor del ministro argentino, dentro de cinco días cumple años; quiere, con el acuerdo de su familia, que ustedes tomen un número en el programa que están elaborando.

---¡Muy bien, doctor, muy bien! ---a un tiempo aceptaron---

---Pónganse a escribir; tienen varios días por delante.

---¡Claro! ---repetieron---

Al ver que muchos hombres de valer se disputaban el honor de figurar en el programa de festejos y no lo conseguían, yo en el fondo me sentía gozoso por la invitación tan espontánea, hecha a Molina y a Turcios.

Aparentemente se hablaba de cumpleaños; la realidad era otra: se elaboraba algo así como un certamen literario en vista de que solo escritores y poetas de mayor renombre reunidos en Río de Janeiro, tomarían parte en los festejos.

Los estadistas y diplomáticos, asistiríamos como simples invitados.

En su oportunidad llegó lujoso carnet donde figuraban los nombres de Molina y Turcios.

---o---

---El día de los festejos, de manera imprevista, fui invitado por el representante mexicano, y previendo cualquier contratiempo, puse al co-

rriente a Molina y Turcios de lo que tenían que hacer en caso me demorara más del tiempo estipulado.

---o---

Al abandonar la Legación de México, muy confiado me dirigí, directamente, a casa del ministro argentino.

Como llegara retrasado, Rosalpina al solo columbrarme corrió a mi encuentro. Toda llena de pena, de zozobra, no sé de qué, angustiosamente, murmuró:

--Doctor.....! Sus secretarios no han llegado.....

Inmediatamente tomé un carruaje y me encaminé al hotel.

Turcios con un vistoso pañuelo, amarrado al cuello, se paseaba de un extremo a otro del dormitorio.

Molina, en payamas, roncaba en medio de una espaciosa hamaca.

Como entrara sin soltar ninguna frase, Turcios comprendió mi disgusto.

Me acerqué a Molina y le hablé: "despierta, hombre, despierta." Abrió los ojos y contestó: "No estoy dormido, doctor; padezco del mal de mi padre: roncar despierto."

Yo nunca me había mostrado agrio por las cosas de ellos; sabía que no estaban obligados a concurrir a ningún acto oficial o cultural; pero en la presente ocasión se trataba de una invitación privada, previos arreglos y sobre todas las cosas, empeñada mi palabra de caballero. Muy serio les dije:

---Con anticipación les hablé del cumpleaños de la hija del ministro argentino y parece que el compromiso lo han pasado por alto. Rosalpina está reclamando la presencia de ustedes; además, sepan que yo no soy ningún juguete. ¡Vístanse y nos marchamos!

Como mis secretarios nunca me habían oído hablar en semejante tono, Turcios visiblemente apenado se excusó por el agudo resfriado que estaba sufriendo; se sentía afiebrado.

Molina, que dichosamente se había bañado y rasurado antes de echar la siesta, inmediatamente procedió a vestirse.

¡Había que ver a Molina, tan buen mozo, con traje de etiqueta, hecho en la mejor sastrería de New York!

En la puerta de nuestro hotel nos esperaba un landó de lujo.

Ya dentro del coche, me habló:

---Doctor, yo no he escrito nada.

---No importa; aquí nadie te conoce; recita cualquier cosa de las publicadas en Tegucigalpa.

Molina guardó silencio; diríase reconcentraba sus pensamientos.

Minutos después, nos hacíamos presente en el alegre festival.

Pocas veces me he sentido transportado a las regiones del entusiasmo, de satisfacción inolvidable, como la tarde que aparecí al lado del poeta.

Desde el primer instante, todas las miradas se volvieron a Molina; las gentes no salían del asombro, al pensar encontrarse con un indio de Opatoro, no de un hombre arrogante, de ojos

azules y facciones apolíneas. El murmullo fué tal, que del salón principal se extendió a otras piezas y corredores.

Rosalpina fué la primera en estrecharle las dos manos, momento que aprovechó para disculpar a Turcios.

Un minuto después (lo estaban esperando), Molina subía a la tribuna.

La selecta concurrencia, como obedeciendo a una consigna, guardó profundo silencio, pendiente de lo que iría a decir.

Molina despuntó declamando su maravilloso poema dedicado a la memoria de su difunta esposa,

una muerta

(Poema elegíaco)

A la amada memoria de doña Dolores Hínestroza, en el día de difuntos, hoy que, en el glorioso Paraíso, goza de la paz y luz eternas, en la pléyade de los bienaventurados, junto con sus hermanas en el amor y en el dolor. SICUT ERAT IN PRINCIPIO, ET SEMPER, ET IN SICECULA SICECULORUM, AMEN.—MCMV.

Señor: tú la llamaste
y ella voló a tu lado,
dejándome en la tierra.
Mi espíritu has mirado?

No es jardín---florecido
de azules ilusiones---
sino que inmunda cueva
de arañas, escorpiones

y víboras. Un pozo,
de horror y de amargura.

en que está con cadena
la trágica locura.

La copa de mi vida,
donde escanciaba mieles,
llena está hasta los bordes
de ponzoñosas hieles,
más álgidas que aquella
bebida ignominiosa,
que recoció tu lengua
en la cruz afrentosa.

No bañaron mis lágrimas
sus gélidos despojos,
porque cegó la angustia
los cauces de mis ojos;

pero---como una vena
por la cuchilla rota---
mi corazón sangraba
sin tregua, gota a gota,
cual tu divina frente,
en el vapor del huerto,
sobre los restos fríos
de todo un mundo muerto.

Mas aquel dolor hondo,
siniestramente mudo,
extranguló mi cuello
con serpentino nudo;

dejó en mi faz adusta
su corrosiva huella;
amontonó una noche
glacial sobre mi estrella;

azuzó mis pasiones
 más terribles e insanas,
y pobló mi cabeza
 de prematuras canas.

Tú---que de todo miras
 el anverso y reverso---
que regulas la máquina
 que mueve el universo,
que sabes, omnisciente
 y enorme taumaturgo,
por qué el dragón se arrastra,
 por qué vuela el simurgo;

por qué el sonido ondula,
 por qué la chispa quema,
por qué el retoño nace,
 por qué fulge la gema;
por qué se hermanan siempre,
 en un igual destino,
la leche con el llanto
 y el agua con el vino,

dime: si fué en la tierra
 también tu preferida,
¿por qué la flor segaste
 de su apacible vida,

denjando que un enjambre
 de lívidos gusanos,
hierba en sus mejillas,
 sus senos y sus manos?

Su cabellera undívaga
 fué una noche fragante:

su frente, como el arco
de la luna menguante.

Dos iris tenebrosos
fueron sus grandes cejas;
dos albos y adórficos
jazmines sus orejas.

Sus pestañas, segmentos
del óvalo radiado,
que exorna las imágenes
en el vitral sagrado.

Su mirada, solemne
tristeza vespertina;
sus párpados, dos hostias
de inmaculada harina.

Los orbes de sus ojos
ópalos tornasoles,
como amatistas trémulas
en un fondo de soles.

Su nariz, noble y firme,
como una intención buena;
su mejilla---de cera
mística---luna llena.

Su boca, para mi alma
sedienta de ternura,
un pozo de aguas vivas
de perennal frescura.

Su cuello---que tenía
la candidez del cirio
y del lino litúrgico---
como un excelso lirio.

Sus senos eran como
manzanas odorosas:
cual racimos opimos
de viñas deleitosas.

Sus manos, hechas para
cortar en los jardines
cerúleos, rosas áureas
y argentinos jazmines.

En su regazo pudo
reclinar su cabeza
un dios, agonizante
de amor y de tristeza;

y, como el del arcángel
de las anunciaciones,
era su pie de jaspe.

Los buenos corazones
amaban su modestia
y su gentil donaire,
que ungián de perfumes
los átomos del aire.

Bajo los dedos gráciles
de su impecable mano,
hondamente quejábase
el corazón del piano;

y, en la oquedad sonora
de su violín de plata,
oyóse de los silfos
la flébil serenata:

tal fué la dulce virgen
cuando acordó el destino

ponerla---bajo un sauce
doliente---en mi camino.

Era entonces mi espíritu
un manantial exhausto,
más secular que el lóbrego
espíritu de Fausto,

donde trazó sus cálculos
glaciales la experiencia
y cayó la simiente
del árbol de la ciencia,

que cultivan los hombres
con férvidos afanes,
para que lo cosechen
irónicos satanes,

prestos a urdir las redes
de las primeras citas,
donde se rinden simple
las pobres Margaritas.

(Queríanme los impuros
pecados capitales,
y odiábanme las vírgenes
virtudes teologales).

Había explorado todas
las altas latitudes
del pensamiento: leído
biblias y talmudes;

meditado en las muertas
necrópolis sombrías,
de las leyendas magnas
y las filosofías:

investigando ciencias
y oscuras nigromancias,
que esconden de las cosas
y seres las substancias;
consumido, en estudios
y locos devaneos,
nervios y sensaciones,
sentidos y deseos;
hasta tener, enfermo
de un incurable hastío,
encima, un cielo mudo,
quimérico y vacío,
y en mi conciencia, a rumbos
ignotos impelida,
horror por la natura
y espanto por la vida.
Pero ella puso en mi alma
el candor primitivo
de las revelaciones
celestes. Un olivo
plantó entre las arcillas
estériles de mi era:
una vid y una espiga,
un laurel y una higuera.
Agua ofreció a mis labios,
marchitos y sedientos;
vertió sobre mis llagas
milagrosos unguentos;
y ahuyentó de mi paso
con dulces oraciones,

todos los cancerberos
y todos los dragones.

(Mas tú, Señor, dijiste
al ángel de su guarda:
vé por ella a la tierra:
hace tiempo que tarda).

El ángel bajó al punto
del luminoso cielo,
a través de los éteres
prístinos. Plegó el vuelo

junto al fúnebre tálamo
de la estancia sombría,
y al ver su exangüe cuerpo,
su angustiosa agonía,

lloró---con sus dos alas
cubriendo su cabeza---.....

Era un himno grandioso
la gran naturaleza!

Llenaba los azures,
límpidos y jocundos,
la música solemne
de los enormes mundos,
rodando eternamente.

Los atrevidos montes
empinábanse sobre
los vastos horizontes.

Del fondo de los mares---
dorados por el día
naciente---de las aguas
el diálogo subía.

Los bosques derramaban,
 mecidos por los vientos,
el rumor de una orquesta
 de acordes instrumentos:

todo era himnos y júbilos,
 batir de olas y de alas,
derroche de esplendores,
 de pompas y de galas,

de voces y de trinos,
 de besos y murmullos,
en piélagos y gotas,
 en selvas y capullos,

como si su cadáver,
 del más puro alabastro,
tendido no estuviera.

¿Por qué no murió un astro?

Señor: nunca discuto
 tu voluntad, porque eres
padre y dueño de cosas,
 espíritus y seres:

desde el funesto rayo
 que en las nubes se fragua,
hasta los pululantes
 infusorios del agua;

desde los leviathanes
 de máximas aletas,
hasta los gigantescos
 y lúgubres cometas;

desde el numen osado
 que explora lo absoluto,

hasta el instinto vago
 que germina en el bruto.
Por eso---al ser herido
 de aquel dolor supremo---,
no apacenté, insensato
 las iras del blasfemo
sino que---de mi dicha
 mirando los escombros---
cargué con ellos sobre
 mis fatigados hombros,
pidiendo, por su triste
 recuerdo enloquecido,
a cada vaso un poco
 de bienhechor olvido;
consuelo, en las lecturas
 con llanto y sangre escritas,
y sueño, en el consumo
 de pócimas malditas.
De noche, cuando el ábside
 del cielo se entenebre,
mis ojos, encendidos
 por una lenta fiebre,
a través de un enjambre
 lumínico de estrellas,
siguieron por las nébulas
 el rumbo de sus huellas,
cual, en los copos sueltos
 de una viajera nube,
el vuelo se presiente
 de un errante querube,

que escruta---entre sus torres,
murallas y vergeles---
la vida de las viejas
Sodomas y Babels.

¿En dónde se detuvo
cuando dejó el planeta,
en éxodo sublime
a la celeste meta?

¿En qué mundo de dicha
o en qué luna de duelo,
plegó, por un instante,
el fugitivo vuelo,

cruzando la vorágine
de las inmensidades,
meciéndose a los soplos
de las eternidades,

vestida con su túnica
de luctuosos crespones,
recamada del polvo
de las constelaciones,

trazando centellantes
y rápidos circuitos,
sobre el haz de los vastos
y mudos infinitos,

mientras la horrible tierra
confusamente huía,
en lúgubre vértigo
de la noche sombría?

Cuando llegar la vieron
los celestiales coros,

los ángeles chocaron
sus escudos sonoros.

El escuadrón de rubios
y ardientes serafines,
tocó una alegre diana
en sus luengos clarines.

Fué a su encuentro la tropa
de las dominaciones,
con espadas de fuego
y auríferos pendones.

Ahora vive en el reino
de la inmutable calma;
en su derecha luce
la milagrosa palma

de los martirologios.
Fulgura eternamente
una estrella bendita
sobre su casta frente;

y apoya, en una nube
de polvo diamantino.
su planta, en el extático
ejército divino.

¡Señor! ¡Señor! ¿acaso
la miraré algún día,
en el triunfo de alguna
celeste epifanía?

¡Iré, purificado,
a postrarme de hinojos,
ante el amor mirífico
que emana de sus ojos,

y juntos giraremos,
unánimes como alas,
en órbitas de espíritus,
de escalas en escalas,
hasta ser absorbidos
en la divina hoguera
del Espíritu Santo?
Asiosamente espera
mi corozón, que llegue
ese glorioso instante
en el eterno círculo
del inmortal cuadrante!

---Había qué ver a aquel público distinguido cuando Molina hacía pausa tras pausa; así se sucedían aplausos tras aplausos.

Como ministro de mi país, al escuchar las ruidosas aclamaciones, comprendí que se estaba tributando un señalado honor a Honduras en la persona del poeta.

Las bellas mujeres, maliciosamente, me preguntaban, dónde quedaba *ese paicestio de Honduras*, que producía poetas tan grandes!

Cuando bajó de la tribuna ya tenía en un puño a los hombres intelectuales, quienes de manera sincera se disputaban la satisfacción de estrecharle la mano.

Las damas, por un momento, se aglomeraron a su alrededor, solicitando su autógrafo en el mismo carnet donde aparecía su nombre.

El representante especial del gran diario bonarense "La Nación", por influencia de Darío, le

llamó aparte y le ofreció la corresponsalía en Centro América con residencia en Honduras; Molina aceptó y al siguiente día mandaba la primera y única crónica. Cuando vino a Tegucigalpa se olvidó del compromiso.

Pero bien, de estas manifestaciones de simpatía, nació en Molina la idea de escribir un canto al Brasil, idea que a través de Europa venía madurando, hasta que al fin al regresar a la tierra, escribió la sonora armonía imitativa que tituló, Salutación a los Poetas Brasileños.

De lo que posiblemente pensó Molina incluir en "Tierras, Mares y Cielos", sólo tuvo tiempo de escribir el canto arriba mencionado y los sonetos Bahía de Río de Janeiro y Pernambuco. Luego vino la tristeza del exilio y con ello la muerte, sin haber logrado dar cima a los propósitos ya en gestión de los mundos recorridos.



rumbo a europa

—Una tarde culurosa de agosto tomamos pasaje a bordo del trasatlántico ARAGON, con destino a Europa.

Fueron a despedirnos los elementos más destacados de la política, de las letras y hombres de la banca.

Este viaje, como ya dejo dicho, fué el año de 1906 y todavía, después de tanto tiempo me apeña un triste recuerdo.

Primero diré, que la sociedad porteña quería dar a otras delegaciones y a la hondureña que iban en el mismo barco, una significativa despedida.

La banda militar, sin interrupción tocaba los himnos nacionales de los distintos países, mientras a bordo se sucedían los brindis animados por la orquesta del barco.

El público, como era natural, se aglomeró en los muelles a fin de sumarse al festejo nacional, dando vítores y otras manifestaciones de alegría.

A la hora de soltar poco a poco las amarras, del fondo de aquella multitud, se oyó una estentórea despedida:

---“¡Adiós, don Fausto! ¡A diós, don Fausto!”

Clavé los ojos en quien tan calurosamente repetía sus adioses, y comprendiendo que solamente en Tegucigalpa las gentes están acostumbradas a darme el tratamiento de "Don Fausto", lo escudriñé con sumo interés: era un joven alto, más blaco que trigueño, bien parecido, con ropa de obrero. Todo esto pasó en segundos, pero tuve tiempo de preguntarle:

---De dónde eres?

---¡Del Barrio Abajo, don Fausto!

---De quién?

---Soy hijo del maestro Alegría!

Un giro rápido del timón cortó el diálogo.

Después de tantos años, repito, todavía me apena que al pobre muchacho no se le ocurriera hablarme cuando permanecí en tierra; en algo le hubiera ayudado a hacerle más llevadera su vida en el Brasil, y también, reintegrarlo a la patria ya que para tales emergencias estaba facultado.

A Molina que había presenciado la escena, le manifesté mi pesar por haber dejado al compatriota expuesto a los vaivenes de su propia suerte.

---No se preocupe ---comentó--- conozco a toda su raza.

En efecto, ya acomodados en el salón de fumar, Molina que conocía palmo a palmo los suburbios de la capital, nos dió una conferencia sobre el maestro Alegría.

No recuerda ---me preguntó--- de don Estanislao, aquel viejo guasón, que tenía un taller de herrería a la vuelta de "punta caliente", entre la familia *marchante* y *las sanatas*?

---Me parece recordarlo.

---Y a su hijo Simón, ese muchacho con quien estuvo hablando desde el barco?

---No le recuerdo.

---Es un trotamundos empedernido. Su padre un excelente obrero, nunca pudo sujetarlo. Don Estanislao era un hombre alto, blanco, huesudo, de cara sonrosada; usaba ostentosa bufanda roja en la cintura y pañuelo del mismo color amarrado en el cuello. Lástima de haberse perdido en el herrero a un valioso humorista.

Cuñía:

En 1921, el notable pintor hondureño Confucio Montes de Oca, inmortalizó al maestro Alegría en su famoso cuadro titulado "El Forjador", premiado con medalla de oro en la gran Exposición de Pintura celebrada el mismo año en París.

Actualmente quien quiera conocer a don Estanislao, puede ver la valiosa tela en casa de doña Elvia Montes de Oca, residente en Tegucigalpa.

---0---

---Ya abordo del ARAGON, Molina y Turcios estrecharon relaciones con Guillermo Valencia, el gran poeta colombiano que había representado a su patria y se dirigía a Francia, y también cultivaron amistad con el novelista argentino Angel Estrada, autor de "Redención", muy conocida en Honduras.

---0---

---A la primera tierra que arribamos fué Porto Praya, capital de las Islas del Cabo Verde, archipiélago portugués.

Después el ARAGON atracó a los muelles de

Funchal, sede del Gobierno de las Islas Madera. Aquí pasamos un día y los poetas hondureños se entregaron a las delicias típicas del país, consistente, en ser arrastrados en carreta tirada por vacas blancas y astas adornadas con rosas.

A los 14 días de haber salido de Río de Janeiro, como el 11 o 12 de septiembre de 1906, el ARAGON fondeaba en Lisboa. En la capital lusitana permanecimos casi todo un día, tiempo que emplearon mis secretarios en recorrer avenidas y bibliotecas, palacios, en conocer la casa de Eza de Queiros y los parientes del gran novelista portugués.

Esa misma tarde salimos en ferrocarril con rumbo a España, llegando de noche a Madrid.

No sé cómo Chocano supo de nuestra llegada por haber sido el primero en saludarnos, especialmente a mis secretarios.

EN ESPAÑA

---En aquel entonces se encontraba en Madrid el Dr. Alberto Membreño quien en compañía del Dr. Antonio Abel Ramírez F. Fontecha y del notable jurista español señor Silvela, presidía la Misión Especial del Gobierno de Honduras ante su Majestad Alfonso XIII, en el enojoso asunto de límites, entre nuestro país y Nicaragua.

Como el Dr. Membreño ya tenía conocimiento de nuestro arribo, nos buscó alojamiento en el hotel de moda, el París, pero era tanta la afluencia del turismo americano, que no encontró cuar-

tos desocupados, conformándonos parar en el Hotel Roma, no tan lujoso como el primero, pero nos hicieron toda clase de facilidades para vivir confortablemente.

Lo primero que hice fué poner al corriente del Dr. Membreño el objeto de la jira de Molina y Turcios, de darse un baño de luz por las principales ciudades de Europa.

Don Carlos Zúniga Figueroa, que estudiaba pintura en España, conocía Madrid como los rincones de Tegucigalpa; por consiguiente, él fué encargado de hacer las veces de cicerone con sus compatriotas quienes se mostraron más que satisfechos con la compañía; (no olvídense el carácter huraño del hondureño con los extranjeros) y comenzaron a recorrer todos los sitios interesantes de la urbe ibérica.

El Dr. Membreño al comunicar al Secretario de Estado de su Majestad, de nuestra presencia, llegó al Hotel Roma un alto empleado del Ministerio de Relaciones a invitar a Molina y Turcios para recorrer en su compañía las provincias españolas.

Por no disponer del tiempo necesario, mis secretarios se limitaron a conocer el Escorial, Toledo, Granada y Sevilla.

---o---

---En el hotel, los poetas tenían un departamento especial. Zúniga Figueroa pasaba al lado de ellos parte del día y de la noche, es decir, las horas disponibles sin descuidar sus estudios.

Al saber Darío el sitio de nuestro alojamiento

to, diariamente llegaba en compañía de José Santos Chocano, entregándose con Molina y Turcios, a largas horas de pláticas literarias.

Por las noches apuraban vino rancio español y salían a la calle en busca de algún centro de diversión.

Por esos días se venía anunciando a todo trapo, la *gran corrida dedicada a la prensa*.

Todo mundo sabe de lo espectacular, emocionante, de las corridas de toros en España; pero a todas las lidias se sobrepone la dedicada a la prensa. Para ese día se guardan las sedas y los brocados; hay soberbios arrestos de valentía, figurando en el cartel los nombres de los toreros de mayor relieve; se selecciona el ganado bravío con sus famosos picadores.

El Dr. Membreño, conocedor del grandioso espectáculo, y a insinuación de Darío y Chocano, encargó con días de anticipación a Zúniga Figueroa, la compra de los boletos necesarios a fin de que Molina y Turcios, principalmente, disfrutaran de algo fastuoso que no volverían a ver, acordando también, los dos grandes poetas consagrados de América, asistir al palco de la delegación hondureña.

---0---

---Llegado el día del singular acontecimiento, marchamos a la plaza en compañía de Darío, Chocano, Dr. Membreño, Molina, Turcios y Zúniga Figueroa.

El espectáculo a los ojos de los vates hondureños apareció tan vivo en su totalidad, que francamente, dieron señales de asombro.

El Rey de España, rodeado de príncipes y princesas, ocupaba el palco más visible, artísticamente engalanado con cortinajes de Oriente y otros adornos costosos, luciendo en el centro el escudo de sus armas reales.

En los extremos laterales se veían a los duques, marquesas, condes, barones y a la aristocracia de las familias adineradas, en cuyos palcos también lucían sus escudos y emblemas de su alcurnia.

La plaza en sus detalles estaba engalanada a todo lujo.

Dos bandas marciales se alternaban dejando oír sus voces metálicas y en los tendidos las bellas españolas lucían su gracia llevando la clásica mantilla; capitanes generales, ingenieros, oficiales, guardias y húsares de Pavía con uniformes de gala; damas extranjeras con su modelo-sastre; también chulos y chulas de Madrid; majos y majas de Sevilla; gitanos de Córdoba; charras con su mantón de Manila; en fin, toda España representada en sus distintas gentes con sus trajes típicos, contribuía al colorido de la plaza.

---0---

---Con la venia del Rey apareció la cuadrilla que fué recibida con unánime aclamación. Dió un largo paseo y se detuvo frente al palco real para saludar a su Majestad Alfonso XIII, y luego se marchó luciendo sus trajes de luces, oro y seda.

Después se oyó el clarín de ordenanza, apareciendo un miura feroz, de estas aguzadas.

Por tratarse de una bestia escogida para una lidia única en su género, vino lo que se llama en el arte de la tauromaquia, la suerte de los picadores, hombres diestros y valerosos, y no obstante ser duchos en el oficio, de jugarse a cada instante la vida, se necesitó el sacrificio de varios caballos para *medio* quitarle los bríos. Sin darle reposo se le enfrentaron los toreros con sus capas, haciendo de su arte, filigranas de valentía, en el canto de la temeridad. A continuación, el diestro avezado clavó un par de banderillas en la cruz de la fiera embravecida. Una vez el miura cansado, pero resistente, apareció el espada y perfilándose a dos pasos de la muerte, hizo rodar a la bestia cual grande era.

En el arrastre de muchos caballos despanzurados y ver a otros con los hígados de fuera, avanzando como borrachos, pisándose las mismas tripas, daba compasión el cuadro doloroso.

Turcios, de temperamento sensible, no pudo resistir a su vista el riego de vísceras y sangre; como movido por fuerza misteriosa e incontenible, se levantó airado de su asiento, gritando a todo pulmón: "¡Este es un espectáculo de bárbaros, de bárbaros!"

Unos españoles que oyeron la expresión se dieron por ofendidos, y en actitud desafiadora se le fueron encima. Turcios al ver la resuelta agresión, rápido hizo un amago como quien va a desfundar la pistola; pero la intervención anérgica de Chocano logró aplacar el incidente, evitando así un roce lamentable.

Turcios en el resto de la corrida se mantuvo

en silencio, prudente, como apenado. Aunque muchos extranjeros estuvieron de acuerdo con él, se tiene como imprudencia expresiones de tal índole en plena plaza, con riesgo de un serio desagrado.

En cambio, en Molina, revivió el indio crudo que llevamos dormido, entusiasmándose de manera loca y desenfrenada.

---0---

---Ya de regreso en el hotel, dijo Darío que la corrida merecía celebrarla con una copa de añejo oportu.

Al escanciar copa tras copa, Molina no podía disimular su alegría emocional. Aunque los poetas nicaragüense y peruano ya habían tenido oportunidad en otras ocasiones de presenciar lidias dedicadas a la prensa, también disfrutaban del mismo placer del vate hondureño, tal lo soberbio que había resultado.

Terminada la primera garrafa del rico néctar, Darío se mostró pensativo, y como alguien le preguntara el motivo, contestó: "No es una copa de vino, es un soneto lo que vale la corrida. Propongo que cada uno escriba el suyo, sirviendo nosotros de jueces."

Al oír la propuesta, todos aceptaron, menos Turcios, quizás molesto por el fresco incidente, se negó, diciendo: "No me nace, no tengo entusiasmo para tal cosa."

Los presentes le dieron la razón, aceptando la excusa.

A continuación, Darío, Chocano y Molina, se

retiraron a distintas mesas y principiaron a desarrollar sus temas.

No fué muy largo el tiempo que gastaron los portaliras; después de minutos prudenciales, casi a un tiempo, se levantaron de sus mesas.

“Lee tu primero” ---propuso uno---; “mejor lee tú” ---respondió otro ---, y como chiquillos se excusaban de ser cualquiera de ellos el primero.

Al ver que no se ponían de acuerdo, intervino Turcios proponiendo que en papelitos blancos se rifaran los nombres.

¡Buena idea!---exclamó Darío---

Entonces excitaron al estudiante Zúniga Figueroa, que se encontraba presente, para que cortara, rotulara y enrollara los tres papelitos, echándolos en la copa de su mismo sombrero.

Turcios que servía de juez, sacó el primero, correspondiendo a Chocano.

En el acto procedió a leer su trabajo que resultó bellissimo, siendo calurosamente aplaudido.

Continuó en suerte Darío, que resultó como todo lo de él, maravilloso, siendo igualmente aplaudido.

Por último tocó el turno a Molina quién lo tituló, LA CORRIDA.

No quisiera decir lo que pasó con Molina al terminar la lectura de su soneto; temo que envidias y egoismos quieran regatear su gloria; pero lo que voy a afirmar está archivado en un diario madrileño que se ocupó de las tres composiciones, diario que será el mejor testigo para quienes se tomen el trabajo de hojearlo a fin de comprobar lo

dicho. Molina al terminar, fué calurosamente abrazado por los dos grandes poetas de América.

Fué un homenaje sincero, la consagración por dos astros de la poesía de habla española.

Darío no pudiendo resistir la grata impresión que le causara los versos del portalira hondureño, se acercó a Molina y con el índice en alto, dijo en tono risueño: “¡Nos apabullastes, gran carajo!”

Molinà, como era de esperarse, alegó que los otros sonetos eran superiores al suyo; pero Chocano, en un franco arranque, lleno de admiración, dispuso dirigirse al Marqués de Luca de Tena, dueño del gran diario “A B C” a fin de que los tres sonetos aparecieran al siguiente día y el público juzgara para satisfacción del vate hondureño.

Así se hizo, y el nombre de Molina fué una revelación para la intelectualidad española, preocupándose por conocerle y ofrecerle las columnas de la prensa madrileña.

Aclaración:

Antes de cerrar el capítulo anterior, debemos aclarar, que el soneto en referencia no figura en “Tierras, Mares y Cielos”, pero dichosamente el artista nacional Carlos Zúniga Figueroa, tuvo el cuidado de traer de Madrid a Tegucigalpa, el número de “A B C” donde figuran las composiciones correspondientes a Chocano, Darío y Molina, publicadas en el mes de septiembre de 1906.

EN FRANCIA

---No recuerdo---prosiguió don Fausto---a la

hora que salimos de Madrid y atravesamos los Pirineos, pero sí tengo presente la llegada a París, a las tres de la madrugada.

Cuando yo, todavía joven, me gradué de abogado, mis padres me premiaron con un paseo a la capital de Francia; pues el hotel que ocupé por primera vez lo seguí ocupando en distintos viajes, al extremo que su propietario me trataba no como a un viejo pasajero, sino como a un familiar. Ese hotel se llama COQUE CRIE y se encuentra a cuadra y media de la Opera; allí nos alejamos con los compatriotas.

Ya un poco viejo, o mejor dicho, como todos los viejos, acostumbro levantarme a las cinco de la mañana, no importa que la noche anterior la haya pasado de claro en claro.

Aunque había llegado casi amaneciendo, no quebranté la costumbre; a las cinco ya estaba en pie. Después de una ducha con agua caliente, salí a dar un paseo por el centro de la metrópoli.

Al regresar a tomar café no quise llamar a mis secretarios, considerando encontrarse desvelados.

Volví a salir, regresando minutos antes de las doce. Pregunté a los sirvientes si ya los compañeros habían desayunado y como me contestaran que no, subí a sus cuartos, encontrándolos echos una furia, principalmente a Turcios, quien bastante contrariado, protestó del servicio:

---Vea Doctor.....al bonito hotel que nos ha traído.....

---Bueno, y qué pasa?

---¡Las doce sin desayunar!

---Pero hombres, sino quieren bajar al comedor, aquí, tras la puerta, está el timbre y hubieran llamado al criado para que les sirviera en sus propios dormitorios.

Ya sentados en el comedor comprendí, que como ninguno de los dos entendía nada de francés, no querían valerse del intérprete del hotel.

Desde aquel momento traté de permanecer con ellos todo el tiempo posible para evitarles molestias. Yo, aunque no puedo afirmar que domino la lengua de Voltaire, pero chapurreo lo más interesante, tanto en las pláticas familiares o conversaciones diplomáticas.

Por esos días estaba tratando de realizar un viaje a Alemania con el propósito de ver a un famoso especialista que me habían recomendado para someterme a una revisión de la garganta.

Mientras yo andaba en mis vueltas, Molina y Turcios, siempre unidos, salían a recorrer París en compañía de escritores de América que se mostraron muy gentiles. Pero, aquí el pero; desde el día de nuestra llegada comprendí que no se sentían tranquilos en mi hotel predilecto. Turcios que ya no soportaba, en nombre de Molina aprovechó las vísperas de mi partida a Berlín, para protestar de nuevo:

---Antes de marcharse a Alemania ---dijo--- nosotros vamos a trasladarnos a otro lugar donde se hable español.

---Pero hombres, por María Santísima qué están pensando? Si aquí tienen lo que deséen; el interprete está ansioso de servirles.

---No, Doctor; ¡el idioma de Cervantes!

---Reflexionen. Para mí sería muy penoso que se salgan sin motivo.

---Y le parece poco el idioma de Cervantes?

---Dejen tranquilo al pobre manco. Fíjense que están haciendo un papel de chiquillos.

---Nada de eso doctor; ¡Cervantes impera!

Así pasé toda una mañana porfiándoles la no conveniencia de abandonar Coque Crie, pero agarrados al "idioma Cervantes" no me fué posible hacerles variar de parecer.

Esa tarde fuí con mis secretarios a conocer el sitio que ya habían señalado como futuro hogar.

Era un caserón destartalado, administrado por unos andaluces, lugar de cita de la bohemia española. Al atravesar los corredores hollinados, sentí fuerte olor a cebollas y ajos. Los cuartos bastantes espaciosos, con muebles que en un tiempo fueron de príncipes venidos a menos. Al contemplar aquel antro, nuevamente les llamé a la reflexión:

---Hay tiempo de rectificar. Cómo se van a quedar en este infierno?

---No, Doctor: renunciarnos a todas las comodidades por vernos entre los nuestros.

Pues al fin, amigo mío, triunfó el "idioma de Cervantes" y mis secretarios se quedaron en el viejo caserón.

Esa misma noche tuve el cuidado de recomendarlos con el dueño de Coque Crie.

Aunque ellos no tienen ningún apuro---le dije---, si por casualidad vienen, le ruego servirles en lo que necesiten.

El propietario, viejo conocido, hombre cultísimo, como la generalidad de los franceses, me manifestó que no esperaba a que Molina y Turcios le buscaran, sino que él iría a ponerse a sus órdenes. Hombre inteligente, sabía que mis secretarios no estaban disgustados, al contrario, apenados por no hacerse entender en la lengua de Musset.

---O---

---Al siguiente día, muy temprano, tomé el tren rumbo a Berlín. En cuanto arribé fui directamente a la clínica del especialista. Al enterarse de mis temores y examinarme pacientemente la garganta, sonrió: "Su dolencia no es para alarmarse ---dijo---, simplemente tiene las amígdalas inflamadas, debido a un principio de infección; pronto estará bien."

---O---

---En la capital alemana constantemente recibía los mejores informes de mis secretarios. Con amistades cada día más numerosas, recorrían bibliotecas, teatros, parques, palacios, museos, monumentos históricos, en fin todo lo más interesante que encierra París, principalmente las tumbas de los grandes poetas desaparecidos: Victor Hugo, Musset, Verlaine, Lamartine y especialmente la de Napoleón y novelista Zolá.

Por las noches en el Barrio Latino, improvisaban juergas en compañía de literatos de Hispano América, amén del trato con hombres de credos opuestos.

Molina hombre orgulloso por temperamento, no era dable andar de café en café o de taberna en taberna recitando sus versos.

Por eso me extrañó cuando supe que una noche de bohemia, en compañía de escritores españoles y mexicanos, deleitara a su público con PESCA DE SIRENAS.

(Antes de continuar nuestro relato, queremos consignar lo que escribió un cultísimo diplomático mexicano acerca de su famoso soneto:)

“Hace tres años, durante mi primera estadía en Honduras, una tarde lluviosa, gris, molesta, abrí con displicencia un libro de versos: “Tierras, Mares y Cielos”, de Juan Ramón Molina. Y quieras que no, obligado por la lluvia, troqué mi proyectada tarde de promenade en una deliciosa tarde lírica.

“Yo ignoraba que Juan Ramón Molina es el más alto exponente de la poesía hondureña, y solamente más tarde, cuando había leído sus versos, aquilaté los valores de ese gran poeta que vivió,

.....“como el león y como el oso
prisioneros-soñando en la caverna,”

de ese dulce Juan Ramón, tan parecido en el fondo de sus ensoñaciones con el otro Juan Ramón Jiménez, que tanto leo y admiro.

“Yo ignoraba al poeta de las sirenas, y fué sin guía, sin el viejo cicerone del prologador, que entré por el huerto umbroso de su suave poesía.

“Nadie me dijo: *Esto es bueno*; ningún crí-

tico socarrón me mostró los ripios; y por eso yo pude saborear, como el viajero que por primera vez pasea en una ciudad antes no conocida, el dulce encanto de ver las cosas sin anteojos, de sentir los versos de Molina con mis propios sentimientos.

“Y le doy las gracias a la lluvia por haber caído; que mientras ella sonaba en los cristales de la ventana como en un tamboril improvisado, yo leía, meciéndome en la hamaca, y vagaba con “El Aguila” por los agrestes picachos de mi ensueño. Así fui, a través del “Salón de Retratos”, del “Río Grande”, del “Anhelos Nocturno”, y de la “Autobiografía”, hasta llegar al Jardín de Sonetos. Ahí me detuve; cambié de posición; los hilos de mi hamaca, al distenderse, me dieron mayor confort. Y leí el primer soneto.....

Luego, maravillado, como quien descubre un mundo nuevo, como quien siente sobre sus sienes, inesperada, una lluvia de pétalos de rosa, leí la

pesca de sirenas

Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces pensativo del mar junto a la orilla.
Propicio es el momento, porque la vieja luna
como un mágico espejo entre las olas brilla.

Han de venir hasta esta ribera, una tras una,
mostrando a flor de agua el seno sin mancha,
y cantarán en coro, no lejos de la duna,
su canto, que a los pobres marinos maravilla.

Penetra al mar entonces y coge la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,
que es como el llanto aleva de la mujer. El sol

la mirará mañana---entre mis brazos loca---
morir ---bajo el divino martirio de mi boca---
móviendo entre mis piernas su cola tornasol.

“Y releí, en voz alta, para acariciarme el oído:

Péscame una sirena, pescador sin fortuna...

Y leí por tercera vez y cuarta y quinta vez, y luego ya no pude volver la hoja: mis ojos se habían quedado clavados sobre la página, en un sueño de ensueño, en una remota playa del país de la quimera, donde las sirenas entonaban

.....en coro, no lejos de la duna

su canto, que a los pobres marinos maravilla

“Y yo, maravillado, era un pobre marino, joven y lleno de ilusiones, embelesado por el canto de la sirena, pérfidas como el mar, o

como el llanto aleve de la mujer.....

“Qué grande cosa, poder encerrar en míseros catorce versos el sueño de una vida! Qué grande cosa poner, tras las catorce rejas enmohecidas del soneto clásico, a la manera de Lope de Vega o de Sor Juana Inés de la Cruz, un paisaje remoto, vivido sinembargo, lleno de una emocionalidad intensa, y hacernos vislumbrar el cabrilleo de la luna, que

como un mágico espejo entre las olas brilla....

y hacernos ver, con los ojos de *la loca de casa*, ese gran mundo ignoto, ese *país de la quimera* de donde volvía líricamente don Justo Sierra, sobre la rítmica barca del alejandrino!

“Bienaventurados los que sueñan, porque de

ellos será el reino de la Fe y de la Esperanza!.....

“Y Juan Ramón fué un bienaventurado: sobre la tierra que lo cubre han de flotar, noctámbulas, como alados fantasmas de aquelare, las sombras de las mil y una sirenas que poblaron de ensueños sus noches de poesía. Irán hasta él, “una tras una”, para poblar de vida mirífica, como un enjambre de abejas zumbadoras, el espacio sideral en que se mueva, libre ya *ab aeterno*, su alma inmortal de soñador y poeta.

“Porque en ese soneto de Juan Ramón Molina se resume toda su intensa vida de emotividad y de ensoñación; porque la PESCA DE SIRENAS revela el inmenso amor a lo imposible, signo y característica de la suma estética del poeta; porque no hay sueño más grande ni más hermoso, que soñar en el amor de una sirena!

“Vosotros, burgueses que vivís amarrados miserablemente al escritorio de una oficina; vosotros, los irredentos, los “miserables” a lo Víctor Hugo; vosotros, los politicastro, que atados a la consigna de partido vais por calles y plazuelas entonando desentonados cánticos a Su Magnanimidad el Dinero; vosotros todos: dejad un momento el escritorio y el azadón y la labor y el mitin grotesco, para que llegue hasta vuestras almas el soplo sublime de la ensoñación. Y rezad conmigo esa súplica ferviente, esa oración panteísta de orilla de mar, que encierra en su calor todo el fuego de una vida que se arde en la llama vestálica del amor a lo imposible:

Péscame una sirena, pescador sin fortuna.....

“Sí; pedir una sirena; perseguid como en Bécquer un rayo de luna; y si podéis, si soís pescadores de sirenas, penetrad al mar de los ensueños y traed para mí, peregrino incansable del *país de la quimera*, la más bella sirena que haya gemido con “el llanto aleve de la mujer” en vuestras playas.

ARMANDO C. AMADOR.

Tegucigalpa, junio de 1920.”

---O---

---Por ese tiempo Molina en París daba los últimos toques al notable prefacio de “Annabel Lee”, novela de Turcios, prefacio que fué publicado en esta capital.

☛ No sé por qué razones, nunca el poeta olanchano editó su anunciada novela; posiblemente el manuscrito lo guarde su familia.

☛ Otro de los trabajos que en París escribiera Molina, fué el

retrato de froylán turcios

(A los veintiocho años)

“El poeta es de mediana estatura, la color morena sin tender a obscura, como la de los moros del Generalife; ágil, con cierta agilidad felina; de miembros perfectamente proporcionados; la cabeza altiva sacude una cabellera castaña; la frente cóncava se hunde bajo los rizos delanteros, denunciando un alero propicio para todas las aves del pensamiento; los ojos, de color castaño, se hunden en las lejanías del ensueño o se arropan en la bruma de la meditación interior; nariz firme y pequeña, que daría la clave de un temperamento antisexual si los labios amorosos no denunciaran lo contrario; breve la cintura, inquieto en el andar, manos y pies pequeños, maneras violentas o suaves, según las circunstancias: tal es el hombre. Sus aficiones li-

terarias son escogidas; ama los libros bien escritos, las rimas bien hechas y los lances de epílogo trágico. Como todo imaginativo, goza del esplendor de los pasados gloriosos y saborea las dichas de un porvenir más equilibrado y más noble. Quizá su existencia hubiera sido más feliz en un mundo más aromático y superior; pero, a falta de éste, él trata de hacerse uno a su manera, labrándose, poco a poco, en las azules planicies del espíritu, un palacio de fe, de amor y de ensueño.

JUAN RAMON MOLINA.

Paris, octubre de 1906.

---O---

---Durante mi permanencia en Alemania, largas noches pensé en las capacidades de Molina y de manera resuelta determiné dejarlo en Europa, en el sitio que él eligiera, con el nombramiento de Cónsul General de Honduras. Así, el trato, el medio y sueldo fijo, le daría ocasión de enriquecer sus conocimientos y a la vez con el tiempo vendría a ser a una legítima gloria de las letras del mundo hispánico.

De Turcios no me preocupaba, porque sabía muy bien que el Gral. Bonilla no lo hubiera consentido. Le era más útil en Tegucigalpa en el Ministerio de Gobernación.

---O---

---Una vez que retorné a París no avisé a mis secretarios para agarrarlos infraganti.

En la estación principal tomé un carruaje y me fuí directamente a mi viejo hotel. Lo primero que hice, antes de sacudir el polvo del tren, fué preguntar al propietario por Molina y Turcios.

“Vea doctor---contestó---, sus secretarios, tarde y mañana vienen a informarse de su regreso. Parece que la vida paripiense ya los tiene aburridos”.

Al terminar el hotelero la última frase, sentí a mis espaldas ruido de pasos precipitados: eran ellos.

Después del saludo, en tono de alarma, expusieron:

---¡Nos marchamos!

---A dónde?

---A Honduras.

---Y esa prisa, a qué viene?

---No ha leído los cables de la prensa?

---No; qué hay de nuevo?

---Hablan de una revolución liberal encabezada por Nicho Gutiérrez contra el Gobierno del Gral. Bonilla. ¡Y vea, doctor; en cuanto lleguemos, vamos a decapitar a *cabro prieto!*

---No, hombres, dejen a don Nicho en paz; posiblemente a estas horas está rocando en su casa de La Plazuela.

---o---

---Días después, cenamos juntos, con el propósito de hablar algo concreto. Por primera vez puse al corriente a Molina, de dejarlo en Europa con cargo consular o diplomático, cumpliendo instrucciones del Gral. Bonilla.

Hablamos por espacio de tres o cuatro horas sobre la conveniencia, en todo sentido, de la permanencia del compatriota en el viejo mundo.

Molina escuchó, pero no impugnó en favor ni en contra la idea. Únicamente pidió una tregua para la respuesta, tiempo que aproveché para ponerme en contacto con el poeta argentino Leopoldo Díaz, que desempeñaba las funciones de cónsul de su país en Ginebra, Suiza.

Díaz me oyó atentamente y muy complacido me dijo que haría todo lo posible para que Molina se marchara con él; que sería un honor y gran satisfacción cultivar relaciones con el vate hondureño.

Yo, esperanzado con todos los trabajos desplegados en favor del paisano, tenía seguridad de que Molina no renunciaría a posición y comodidades en medio de gentes de su misma o superior cultura intelectual. Pero sucedió lo imprevisto: de Molina se apoderó una gran tristeza, de cierta enfermiza melancolía, renunciando a quedarse en Europa; la nostalgia de la tierra lo arrastraba con fuerza hipnótica.

DE VUELTA A HONDURAS

---Al fin regresamos a Honduras, encontrando el país convulsionado, amenazado de una revolución forjada por elementos liberales emigrados en Nicaragua, apoyados por el Presidente Gral. José Santos Zelaya.

(El descontento como todo mundo sabe, provino del golpe de Estado del Gobierno del Gral. Bonilla, culminando con el encarcelamiento de importantes diputados que se encontraban en sesión en el seno del Congreso Nacional.)

---No permanecí mucho tiempo en el país. En vista de la gravedad de la situación, marché a El Salvador, en misión política, dejando a Molina y Turcios, y no supe más de ellos, sino tiempo después”.

---0---

A los pocos días de haber llegado Molina a

Tegucigalpa tuvimos el gusto de saludarlo e hizo declaraciones en la prensa, de la aparición de su próximo libro, titulado, "Tierras, Mares y Cielos".

Posiblemente en la pupila de sus ojos azules traía grabado el gran panorama mundial, sus gratas impresiones, recuerdos perdurables que volcaría en caudal lírico sobre páginas impolutas; pero el destino fatal no le concedió tregua y sus deseos no se cumplieron.

Froylán Turcios, compañero de viaje y letras, siendo Ministro de Gobernación en la Administración del Dr. Francisco Bertrand, en 1913, o sea cinco años después de la muerte de Molina, compiló mucho de la dispersa producción del vate y al reunirla la dió a la imprenta con el título ya anunciado por el difunto, cumpliendo en parte los deseos del hermano en el arte.

Existe producción de Molina para dos o tres volúmenes. Algún día, espíritus acuciosos se ocuparán de hacerle justicia a la gloria nacional.

Hasta la fecha, recordamos, que siendo Ministro de Honduras en México el Dr. Ricardo D. Alduvín, publicó en 1929, un poemario de Molina, (edición bolsillo).

Y en 1937, el recordado amigo Ismael Zelaya, editó a todo lujo, un volumen de poesías, con prefacio del poeta mixicano Enrique González Martínez; bellas ilustraciones de Enrique Galindo y anexo, una bibliografía bien documentada, de Rafael Heliodoro Valle.

COMENTARIOS

El Dr. don Fausto Dávila logró conseguir del

Presidente de El Salvador, Gral. Fernando Figueroa, cinco mil soldados que vinieron a prestar apoyo al Gobierno hondureño.

Después de la famosa derrota de Namasigiie, en 1907, cayó el Gobierno del Gral. Bonilla.

Molina y Turcios, quizás temerosos a las represalias, muy peculiares en estos países con los hombres superiores, se vieron obligados a abandonar el país, trasladándose el primero a San Salvador, y el segundo a Guatemala.

UN PARENTESIS

Allá por el año de 1898, Molina se afilió al partido que postulara al Gral. Terencio Sierra a la Presidencia de la República para el período comprendido de 1899 a 1903, escribiendo series de artículos y pronunciando inflamados discursos.

Como Sierra triunfara en los comicios, la transmisión del Poder se afectuó el 1o. de febrero de 1899, dando al acto, toda la magnificencia posible.

Por la noche, el nuevo Presidente, dió un banquete oficial a sus amigos y partidarios en el Palacio Nacional.

A la hora de los brindis, Molina se permitió la "osadía" de hacer algunas insinuaciones a Sierra en provecho de la República.

Sierra se escandalizó tanto porque alguien se atrevía a aconsejar reformas administrativas, que violentamente expulsó a Molina del banquete.

Desde ese momento el tamagaz de Coray odió al poeta, amargándole y torturándole la vida en las formas más despóticas.

Turcios, que ocupó la sub-secretaría de Gobernación en tal Gobierno y tratara muy de cerca al Presidente, dijo en cierta ocasión: "No asistí a las fiestas con que fué celebrada la trasmisión del Poder. Y no presencié ---y de ello me congratulo--- la escena en que Sierra, en pleno banquete oficial, ultrajó a Molina, arrojándole después de Palacio, únicamente por su intento de insinuarle un programa de Gobierno, exaltado por algunas copas de champaña."

Y para pintar con vivos colores el despotismo del loco de coray, Turcios dejó escrito: "El Gral. Sierra es el gobernante hondureño que retuvo en sus manos mayor amplitud de fuerza de dominio. Fué tan grande el pavoroso miedo que inspiraba, que nadie osó, no digo lanzar un grito revolucionario, pero ni siquiera proferir la más mínima protesta ante la violencia de alguna ley o de algún procedimiento administrativo. El Congreso, la Corte Suprema de Justicia, los empleados públicos, todos los ciudadanos temblaban ante el autócrata."

Y haciendo más patéticos los atropellos de Sierra, Turcios concluye: "Molina fué atrocemente sometido a degradantes torturas, poniéndosele en cepo de campaña y ensangrentándole las espaldas a latigazos en el cuartel de San Francisco, con la crueldad de exhibirle luego entre los criminales con cadena que trabajaban en la carretera del Sur, por *sospecharse que con doble intención* reprodujo en el diario que dirigía, un viejo artículo de Benjamín Franklin, EL HACHA DE AFILAR."

Molina permaneció mucho tiempo con la pala

y la barra, horadando la roca ingrata como cualquier criminal bajo el sol y lluvias inclementes del Sur.

---0---

El Dr. José María Sandoval, jurisconsulto serio y de brillante actuación, es muy amigo de conclusiones irrefutables mediante la prueba de elocuentes testimonios. Dice que su recordado colega el Dr. Carlos Alberto Uclés, le refirió un caso que vale la pena de hacerlo público:

En Honduras todo mundo sabe que el Gral. Sierra atropelló y vejó a Molina sólo porque tenía talento. Pues bien, al darse cuenta doña Carmen, de los sufrimientos de Molina en su reclusión del cuartel de San Francisco, mandó a un ayudante a casa del poeta con el siguiente recado:

“Dígale a la señora de Molina, que ahí le mando esos trescientos pesos, no como limosna, sino como ayuda a sus gastos por mientras consigo con Terencio que ponga en libertad a su marido; que no es la esposa del Presidente de la República quien se dirige a ella, sino Carmen de Sierra, simplemente.”

---0---

Años después, en la época que Molina se encontraba emigrado en San Salvador, arribó don Fausto procedente de Belice y entonces volvió a encontrarse con su antiguo secretario.

Don Fausto refería, que por esos días recibió un cablegrama de Granada, Nicaragua, de doña Carmen de Sierra, comunicándole “la muerte de Terencio”, en su hacienda La Estanzuela.

Don Fausto que fué Secretario Presidencial del

Gral. Sierra, sabía de las injusticias que la fiera de Coray cometiera con Molina; le mandó llamar para mostrarle el cable.

Decía el Dr. Dávila, que al leerlo, palideció, posiblemente de cólera, notándole un ligero temblor en los músculos de la cara.

Quedó un momento pensativo con el mensaje en la mano. Al devolvérselo, se pronunció indignado:

---Vea, doctor: ¡No pierdo la esperanza de ir a mearme a la tumba de ese bandido!



la tragedia del poeta

muerte de molina

Cuando Molina murió se encontraba en San Salvador el Dr. Julián López Pineda, fraternal amigo del compatriota, dirigiendo "El Diario", publicación de su propiedad.

Como diez años después, ya de regreso a Honduras, el Dr. López Pineda escribió un doloroso artículo, detallando las causas del deceso del poeta. De esa publicación tomamos algunos párrafos de sumo interés, como una valiosa contribución al aporte de la biografía del panida de la tierra de los pinares.

.....

"Desde que Molina llegó a San Salvador, estuve muy cerca de él y pude comprender su alma luminosa de niño y conocer sus apremiantes necesidades de hombre.

"Los primeros meses los pasó bien, trabajando ---desde su llegada--- como Redactor de "El Diario", que yo dirigía. Pero el DIARIO sucumbió a causa de la horrible presión sobre él ajercida por el Presidente Figueroa, quien veía en esa publicación la única voz de protesta en favor de la dignidad de Honduras herida de muerte por la invasión nicaragüense de 1907. Y Figueñoa, para

congraciarse con el elemento triunfante de Honduras, extorsionaba o perseguía a todos los hondureños que nos mantuvimos firmes ante el desastre de nuestra patria.

“Muerto mi diario, Molina fué a escribir en el de Mayorga Rivas, quien le pagaba poco al gran escritor, so pretexto de que éste no era perseverante en el trabajo. Como en verdad era inconstante en su labor, pronto se vió despedido, quedando en una situación pecuniaria apuradísima, precisamente cuando más necesidad tenía de recursos. Esto le ocurrió cuando acababa de contraer matrimonio en esta capital (Tegucigalpa), por poder;

.....

“Después de súplicas reiteradas, logré que el Ministro de Instrucción Pública me ofreciera dos clases para Molina, en la Escuela Normal de Señoritas; pero el señor Ministro puso por condición que Molina se presentara en el Ministerio para conocerle. El poeta me dijo que iría al Ministerio, pero nunca se presentó, y las clases no se le confiaron. Nuestro poeta era muy orgulloso, y no se doblegaba ante las exigencias torpes del Señor Ministro.

“El doctor Araujo, que era entonces Vicepresidente de la República, y personaje influyente, me ofreció conseguirle un destino a Molina con \$ 200.00 mensuales en la Redacción del “Diario Oficial”. Había que esperar unos dos meses, mientras el Gral. Figueroa se hallaba de buen humor para permitir que viviera un grande hombre

de letras. Menos de un mes faltaba para que Molina comenzara a desempeñar ese destino, cuando sucumbió, vencido por las horribles embestidas del medio implacable.

.....

“En aquellos días aciagos, casi todas las noches se presentaba Molina en mi casa de habitación ---a altas horas---. Me despertaba para que “charláramos un rato, porque él no podía dormir.”

“Hombre ---me decía a veces---, tienes por ahí una vela y cigarrillos? Yo no tengo sueño y me he quedado a oscuras, a estas horas.” Yo me levantaba, y conversaba con él. Después se iba, siempre ostentado una profunda melancolía, que los tontos y malévolos juzgaban embriaguez producida por el alcohol o morfina.

“Hay que ser verídico: Molina en aquel tiempo, no era un borracho. Y tampoco era morfinómano, como tanto se ha asegurado. Es verdad que bebía a veces moderadamente; y si en algún momento se sentía ebrio, acudía a casa de un médico amigo, a suplicarle le aplicara una inyección de morfina, para suprimir la borrachera del alcohol. Pero nunca usó de costumbre la morfina, ni siquiera supo aplicarse él mismo una inyección. No se concibe un morfinómano semejante. Si hubiera sido morfinómano, no habría muerto como murió.

“A pesar de su hermetismo, tanta confianza me dispensaba, que me refirió en esos días su situación: le cobrarán el alquiler de la casa, le co-

braran la mesa, y él no tenía esperanza de pagar. Pronto no tendría dónde vivir ni dónde comer. Eso le torturaba horriblemente. Y no quería que su compañera tan dulce y tan buena y tan abnegada, se enterara de aquella apremiante situación.

.....

Afortunadamente, al poeta, ya cadáver, le sobró dinero: sus funerales fueron espléndidos. Sus compatriotas, sin vanos alardes, supieron cumplir su doloroso deber en aquellos momentos de angustia mortal. Y debemos agradecer la solicitud con que varios salvadoreños ayudaron a las fúnebres ceremonias, sin necesidad de súplicas ni requerimientos. Después de los funerales, quedó todavía una pequeña suma que le fué entregada a la digna compañera, viuda del poeta. “(Hasta aquí los interesantes párrafos del Dr. López Pineda).

.....

---O---

Molina, como atrás dejamos consignado, nació en Comayaguiela el año 1875 y falleció el 2 de noviembre de 1908, en Aculhuaca, suburbio de San Salvador, en una cantina conocida por los clientes con el nombre de *Los Estados Unidos*. Dejó este mundo a los 33 años de Cristo, en plena producción literaria.

En el mismo año de su muerte contrajo matrimonio en segundas nupcias con una bella señorita de Tegucigalpa, llamada entonces Otilia Matamoros, hoy señora de Vidal Mejía.

Como se casara por poder, representó al poeta, otro gran poeta, Luis Andrés Zúniga.

---0---

La muerte de Molina se supo en el acto y toda la prensa de Centro América se ocupó del deceso.

El 3 de noviembre se efectuaron sus funerales, habiendo concurrido todo elemento intelectual, amigos, compatriotas y obreros admiradores, de la capital salvadoreña.

A la hora de bajar el cadáver a la fosa, se pronunciaron varios discursos, destacándose el de Román Mayorga Rivas, director de "Diario Salvadoreño", quien dijo su despedida en las siguientes frases:

"Con tristeza y desconsuelo grande, sin resignación y con un dolor muy hondo, vengo a decirle adiós a Juan Ramón Molina.

"Este adiós mío es del alma. De aquí adentro me sale quejumbroso, y vuela penosamente, como si fuese un ave herida, hasta caer con las alas rotas sobre ese ataúd....

"Nadie puede a mi ganarme en haberle querido mucho, como a hermano, tan sensitivo y tan noble y ¿por qué no decirlo? ¿Por qué no decirlo yo, que mejor que otro ninguno le conocí? Tan ilustre y tan bueno, dolientemente bueno y altivo, superior al medio ambiente en que vivió y del cual parece vengarse con su muerte, por haberle obscurecido el alma luminosa y frustrado la realización de su triunfo en todos los órdenes de la vida, en que él, desgracianamente,

cultivó junto con los laureles de la gloria y las rosas del amor, los negros pensamientos del hastío y las dalias amarillas del cementerio.

“Yo no vengo aquí a hacer un discurso. No puedo, como no pude escribir hoy en mi DIARIO, acerca de esta defunción, de esta catástrofe mejor dicho. Allá escribieron otros; y yo aquí estoy, para cumplir con un deber del corazón. No debe caer en la sepultura Juan Ramón Molina sin que yo, en este momento trágico y doloroso, publique con mis lágrimas, mi duelo profundo y la congoja y la sorpresa que me torturan en presencia de este modo de morir suyo, todo sombra y misterio, como la caída del sol que cae sangriento en la noche....Era para mí Juan Ramón Molina como un sol de la mañana, reinando sobre el amor. Y él, el rey sol, cansando de alumbrar, se quiso morir, y entre celajes rojos como incendio, a la hora del crepúsculo vespertino, apagose en las sonoras olas del infinito piélago que eternamente reflejará su luz, ese beso de fuego que lo quemó para la vida, pero que, por gloriosa imposición de su triunfo, aún en la propia caída es sello de oro para su nombre en la inmortalidad.

“El mar en que se apagó este sol hará sonar su nombre hasta lejanas e incógnitas riberas; y en mí no se ahogará su recuerdo. Sin literatura, con el alma en los labios, yo le digo a Juan Ramón: ¡Adios, hermano!”

---0---

Augusto C. Coello, notable literato hondureño, que por ese tiempo se encontraba emigrado en la hermana república, al saber la noticia del fallecimiento de su compañero de letras, una tarde calurosa visitó la tumba de Molina y de aquella visita nacieron los sentidos versos:

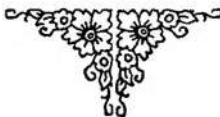
en el cementerio de san salvador

“Bajo la humilde piedra funeraria
de un escondido túmulo lejano,
cabe una umbrosa ceiba solitaria
libre ya del dolor, duerme hermano!

Descansa, lejos del paterno nido;
pero velan y amparan tu memoria
vencedores del tiempo y del olvido,
Morazán y Contreras con su gloria!

¡Patria! recoge sus gloriosos huesos,
reintegra esos sepulcros, a los besos
consoladores del nativo ambiente!

Pues fueron: tu más ínclito caudillo,
tu verbo tribunicio de más brillo
y tu lira triunfal más esplendente!”



repatriación de los restos

Nueve años después, ante el constante reclamo de la prensa nacional, el Presidente de la República Dr. Francisco Bertrand, acordó hacer venir las cenizas del ilustre desaparecido.

A propósito, un cronista amigo del poeta, que sentimos no haya firmado su información para consignar su nombre, al hablar de la ceremonia del traslado de los restos, escribió:

“Cuando se hizo la exhumación del cadáver de Juan Ramón Molina, a las tres de la tarde del día 3 de marzo de 1918, en el Cementerio General de San Salvador, en donde estaba sepultado, en la tumba marcada con el número 1639, y al abrirse la bóveda, se vió que el cadáver se encontraba entero, al parecer, y en dirección de norte o suroeste, por efecto, indudablemente, del gran movimiento sísmico del 7 de junio de 1917; pero, al penetrar el aire a la cavidad funeraria, los restos se fueron desmoronando sensiblemente, con excepción de los huesos. Al ser éstos extraídos para la desinfección y el recuento anatómico, se advirtió, con no poca curiosidad, que la calavera,

completamente limpia, tenía bien adherido, en su correspondiente lugar, el bigote que tanto acarició en su vida el poeta, y que mano fraternal separó cuidadosamente para guardarlo en la urna, juntamente con los amados restos.”

“El cadáver de Molina había estado sepultado en el Cementerio Cuscatleco, durante 9 años, 4 meses y 1 día, y de allá fué trasladado a Tegucigalpa en medio de brillante apoteosis que le fué tributada por el Gobierno, la intelectualidad y el gremio obrero de la hermana sección de El Salvador.”

“Molina había fallecido el primero de noviembre de 1908, y no el dos de dicho mes como han escrito algunos equivocadamente, pues en esta última fecha fué inhumado, después de las cinco de la tarde.”

---0---

La primera tierra que tocaran los despojos fué Amapala. En este puerto el periodista Mario Rivas dió la bienvenida en nombre de la sociedad porteña.

Por todo el trayecto, hasta la llegada a la capital, el pueblo manifestó su pesar en muchas formas: ya pronunciando oraciones fúnebres o sumándose al cortejo.

Las cenizas llegaron a principios de abril y fueron objeto de sentidos homenajes póstumos en el Teatro Nacional durante cinco días con sus noches.

Recuerdo que en las veladas fúnebres se hizo presente el mundo oficial, la sociedad capitalina y gente del pueblo a deplorar la pérdida del máximo

representativo de la poesía hondureña, destacándose entre toda la concurrencia, los valores más conspicuos de la intelectualidad nacional y extranjera, como ser Luis Andrés Zúniga, Julián López Pineda, Leopoldo de la Rosa, Adán Canales, Matías Oviedo, Edmundo Lozano A., Vicente Mejía Colindres, Federico Meza C., Manuel Ramírez, Vidal Mejía, Julián R. Cáceres, Fernando García, Guillermo Bustillo Reyna, Alonso A. Brito, etc. etc.

El periodista Juan Ramón Avilés que vino expresamente de la tierra de los lagos, en el puerto menor de San Lorenzo se unió al cortejo y fué uno de los primeros intelectuales que usó de la palabra en oración conmovida.

Avilés al hablar como delegado del Ateneo Nicaragüense, se expresó de la manera siguiente:

“Dios junta algunas veces moléculas escogidas, y las pone en su mano para infundir en ellas al divino soplo del poeta y el misterio del genio.

“Así es como nacen esos hombres extraños a los cuales la generalidad de la gente empieza por no comprenderlos, y sin embargo, los mismos que antes los desdeñaran, después se ponen a escucharlos, atraídos y dominados por la música eterna de la lira. De esos fué Juan Ramón Molina; Dios se valió del amor para juntar partículas dispersas de este suelo, y formar a este poeta que fué un misterio del arte en tierras de América.

“Bien hace Honduras en guardar así, como

cosa sagrada, lo que queda materialmente de este poeta: ¡Tierra hondureña que ahí se guarda! Que no se pierda, que no se confunda, que no se extravíe, que se conserve íntegra para que las generaciones que ya vienen avanzando en filas invisibles desde la misteriosa sombra del porvenir, al pasar frente a esa caja, guardada entre mármoles, digan: ¡ese puñado de polvo que ahí está, fué escogido por la mano de Dios, de la tierra hondureña, para formar un poeta que hizo versos inmortales!

“Yo vine acompañando las cenizas de Molina desde San Lorenzo. Mientras el automóvil corría por la carretera, miraba desplegarse ante mis ojos el panorama soberbio. Aquella sucesión de montes tallados en roca, aquellas cuencas hondas donde el abismo hace su nido; aquellas superposiciones formidables de capas pétreas que a cada momento hacen pensar en que son los cimientos de inconcebibles templos levantados por los atlantes para el culto de los Dioses de una remota edad de piedra, me dieron la clave explicativa de los versos y del espíritu de Juan Ramón Molina. Así es como comprendí aquellos versos en que, sintiéndose águila, dijo:---“en una cuenca informe nació---, en esta montaña inaccesible---, que fué talvez la enorme atalaya de rocas de granito---que a una raza de cíclopes sirviera---para explorar con su pupila fiera--- la vacua inmensidad del infinito.”

“Yo vi en Pespire, que una anciana se arrodilló en una puerta al pasar esta caja. Yo vi a los niños de las escuelas con palmas en las manos, alzar la frente para mirar esta caja. Yo oí decir a alguien en Sabanagrande: “Yo fuí enemigo de Molina”, pero ese alguien llevaba en la mano una corona de laurel que colocó junto a su urna. Eso es la gloria: dominar al tiempo todo.

“Hacer que la anciana, símbolo del pasado, se arrodille. Hacer que los niños, encarnación del porvenir, alcen la frente y saluden con palmas al que se fué vivo de la patria y ahora vuelve inmortal. Esa es la gloria, vencer ya muerto, al enemigo vivo, y obligarlo a tejer coronas de laureles en vez de la corona de espinas entretejidas por el odio.”

Siguió en la tribuna el notable poeta colombiano Leopoldo de la Rosa, poeta de prestigio continental, quien se hizo escuchar, con devoción, su

apoteosis

A Juan Ramón Molina.

Crespón en la lira de ritmos de oro?
Lágrima en el trino del bulbul sonoro?
A la estrella luto y al alba capuz?
¡No llanto ni trinos! ¡Ni negra alegría,
sino alondras fúlgidas de ardiente alegría,
canten tu apoteosis, hermano en la luz!

Convoquen las Nifas las Diosas; que el Hada
queme perlas y ópalos. ¡Su cauda irisada
crispa tu "Sirena" sobre el Ponto Azul!
Que tritón resople su bronca bocina,
con voz de deseo llamando la ondina
que duerme en la espuma de cándidō tul.

Arpas de esmeralda sean selva y bosques;
que suelten los vientos sus alados gozques,
su etérea jauría de alegre tropel.
Que ante el mar que trae las blancas cenizas
del poeta aquíleo, sean áureas risas
las playas de oro cual labios de miel.

Sus virgíneas cítaras modulan las fuentes;
sus sistros de plata quiebren los torrentes
del Ande paterno, que sonando van
sobre las aspérrimas rocas milenarias,
donde aún vaga el vuelo vago de tus arias,
poeta del regio, misterioso afán.

Poeta del himno tremante de estruendos,
de estruendos de oro: galopan tremendos
corceles de fuego tus himnos de sol;
y también tenías las melancolías
que en copas de ónix leves diluías,
como estrellas tristes en triste arrebol.....

De acero tus músculos, y tu alma de acero:
en ruda tizona se engastó un lucero
una noche limpia de gloria y amor.
Tu mano de hierro bajo el suave guante;
la férrea armadura bajo el peto de ante,
y adentro el trovero y el conquistador.

Dicen que tenías el gesto apolíneo
y que en tus palabras un eco broncíneo
de habla de centauro se unía al reír
de una íntima fuente de cristal y gracia,
y que en suaves sierpes el lauro y la acacia
quisieron tus sienas fulmíneas ceñir.

Por eso te endechan el rayo y la aurora,
el cóndor hercúleo, la torcaz que añora
gimiendo en las peñas, tu amor de Don Juan.
Por eso el zenzontle tu idilio lamenta
e iracundo y triste sus lavas revienta
como llantos ígneos, tu ronco volcán.

Te llora el guerrero de espada flamígera,
y el águila esconde bajo el ala impígera
su lloro candente de fuego y zafir.
La virgen su mano de blanco alabastro
se lleva a su pecho, como níveo astro,
y ondula su seno con suave plañir.

Pero ya tú rasgas el éter de raso.
Tras coro de musas galopa Pegaso,
y en su lomo alígero tu alma equina va;
golpean sus cascos sidéreos peñascos,
y, partida en llamas, debajo sus cascos,
más alta que otra, cada estrella está.

Bebe del misterio la luz escondida,
y sobre la muerte chispee encendida
la antorcha de sándalos, por el sideral
campo de zafiros que tu numen huella,
y apéate en la última, la máxima estrella
que aguarda tu planta de dios, Inmortal”.

---O---

El día señalado para la procesión fúnebre, se dió cita en el Teatro Nacional, recinto donde tuvieron lugar las veladas, todo el pueblo de Comayagüela y Tegucigalpa, sin distinciones de categorías sociales; era un mar de gente, amigos y admiradores del compatriota que supo salvar con su nombre el prestigio intelectual del país.

A la hora del sepelio varios profesionales y hombres de letras hicieron uso de la palabra; entre ellos, el ex-presidente de Honduras, Dr. V. Mejía Colindres, se despidió en nombre suyo, del pariente político y también del Ataneo:

“Vengo en representación del Ateneo de Honduras, a rendir tributo de admiración y simpatía a la memoria del poeta.

Y el que duerme en esta tumba fué, en verdad, poeta excelso.

“En la región serena del arte, nuestro corazón ha escuchado los acentos de trovadores nacionales con la misma fruición con que nuestros oídos escuchan desgranarse, en la floresta callada, los trinos melodiosos del zorzal.

“Sobre ese lírico nidar, muy de tarde en tarde, ha levantado el vuelo alguna águila del pensamiento, cerniéndose sobre las cumbres de nuestras montañas enhiestas, tramontando el horizonte de la patria y perdiéndose en la vaga lejanía de solares extranjeros.

“Nuestro ambiente espiritual no es propicio al arte.

“Nuestros hombres ilustres se alejan del terruño y mueren, con la frente inclinada por el peso de los laureles, y el alma poseída de insondable angustia; besados por un sol que no es el sol de oro que los besó en la cuna; comprendiendo en su nostalgia, que los rumores del nativo río no cantarán un himno perpetuo a su memoria, ni la errante golondrina que fabricó su nido en el alero de la casa en que nacieron, visitará el ciprés solitario de su tumba.

“Y esto, que parecerá lirismo quejumbroso a más de alguno, es, por desgracia, verdad que llora lágrimas y, en ocasiones, verdad que vierte sangre.

“No podía ser de otra suerte: en lo que va del siglo hemos vivido matándonos sin piedad; más aún: hemos glorificado nuestras contiendas criminales, llamándolas epopeyas; hemos entonado ditirambos a los capitanes victoriosos en nuestras jornadas de exterminio, pretendiendo levantarlos a la cima gloriosa de los héroes.

“Sobre los huesos de hondureños caídos a centenares en la abrupta serranía, a manos de hondureños, pueden vagar fuegos fátuos: pueden acaso, surgir de su tumba, la sombra de Abel; pero solamente, por excepción, puede florecer el arte.

“Juan Ramón Molina nació en este medio; en este medio de zarzas ardientes se incubó aquella águila.

“No haré en juicio analítico de su obra,

compendiada en un volúmen por el afecto fraternal de Froylán Turcios, porque no soy crítico, ni esta es la ocasión para juzgarle en tal sentido.

“¿Cumplió su misión? Esta es, en síntesis, la cuestión fundamental.

“¿Cuál es la misión del verdadero poeta?

“Un libro generado en el alma de un artista, como un ruiseñor en el seno perfumado de un vergel, algo que seduce siempre, como seduce el nevado trozo de mármol de Carrara en que el cincel encarna la inmortal belleza; como seduce el lienzo en que el pintor condensa el sueño más hermoso de su vida; como seduce el canto que emerge, temblando, de los labios en flor de la mujer que ama; pero el poeta tiene una misión más alta que cumplir; su labor no es la del orfebre que borda filigranas, es la del héroe que redime multitudes.

“El Derecho, el Trabajo y la Ciencia son sibilas que soplan inspiración en el alma del poeta.

“El Amor, la Gloria, y La Fe, lo que vibra, como una cuerda siempre sonora, en los espíritus delicados, cuando la humanidad indiferente calla en torno del Ideal, constituyen fuente de inspiración para las más nobles liras.

“El dolor es fuente sagrada: en ella se abrevan las almas excelsas; al pasar por este crisol las ondas amargas de la vida se convierten en bandadas de alondras, cuyo can-

to hace florecer las rosas del ensueño de los espíritus dolientes; cuyo canto infunde nuevos bríos al ánimo desfallecido de los grandes luchadores; cuyo canto deposita la la víbora del remordimiento en el corazón de todos los déspotas del mundo. Y sobre todo esto, sobre la inmensidad del cielo, sobre el fuego de los astros, sobre todo cuanto existe y llevamos en el fondo de nuestra conciencia, está Dios, a quien sentimos hondamente, acaso sin poderle comprender: el ave de la selva dice, en su lenguaje dulce y misterioso, su oración sencilla; las olas del océano, como cuerdas que rasguean vientos que llegan del infinito, le entonan un himno gigante; las florestas sonoras de las montañas le glorifican en sus músicas perpetuas. También el poeta debe decirle sus dolores infinitos, debe hablarle de sus santos anhelos, debe enviarle sus dolientes plegarias que llegarán hasta El, como palomas mensajeras llevando las alas húmedas por el llanto de los hombres; llevando en el pico ramas de laurel glorioso, salpicadas con sangre del espíritu, es decir, regadas con gotas de luz.

“Cruzado de la libertad; profeta que anuncia bellos días en horas de borrasca; apóstol de una religión sin mancha; juez que condena el crimen que se realiza en las alturas; he ahí el poeta.

“¿Por qué no ha de cumplir su misión sobre la tierra quien lleva en el alma un so-

plo de infinito? ¿Por qué, si hay sombras que descorrer, lágrimas que enjugar e injusticias que herir; si la humanidad, en fin, existe y se vierte su sangre como las ondas de un río, no ha de cumplir su misión de iluminado?

“El placer de hacer bien; de guardar la propia sangre para darla convertida en luz; de derramar la verdad a torrentes, es placer que no se compra con oro, placer inmenso que sólo comprenden las almas superiores.

“La del poeta es una de ellas.

“Vivimos en épocas de luchas; contemplamos contiendas más feroces todavía que las realizadas por los bárbaros; escuchamos cómo, desde la Guerra Mundial, cruje y se queja y se derrumba la obra de los siglos. Frente a ese cataclismo social, asolador como el Diluvio, la lira no debe enmudecer, porque la lira es arma que, como el puñal, oculta entre las rosas, de Aristogiton y Harmodio, sabe herir en el corazón: trompa en los labios de Homero; guzla en los de Zorri-lla; flauta en los de Rubén; es látigo de fuego en las manos de Dante, hacha que destroza en las de José Mármol y rayo que fulmina en las de Díaz Mirón. Solamente será inmortal quien sienta los mismos dolores infinitos, las mismas justas aspiraciones, los mismos santos odios que muerden el alma de las multitudes oprimidas.

“Ya han corrido muchos siglos ¡tantos que no es posible contarlos! durante los cuales

los desheredados de la vida han caído, como doradas espigas bajo el filo de la hoz, sufriendo hambre de pan, de luz y de justicia.

“Víctor Hugo, cuando en páginas que exhalan el perfume de rosas húmedas y frescas ---nos cuenta con quienes hablan los niños--- cuando sonríen en sueños, nos traduce lo que dicen las aves en el rítmico vibrar de un canto; cuando nos refiere lo que conversan las ondas en el rumor musical de los ríos, es dulce, delicado y tierno; cuando defiende los derechos de la humanidad contra la injusticia de sus opresores, es sublime. Convertir el barro miserable de que está fabricado el hombre en algo puro y espléndido como el diamante: he ahí el sueño glorioso del poeta. Por eso marcha, en un bosque sagrado de laureles, cantando el himno soberbio de la vida, mientras su corazón se lista de sangre.

“Ser poeta; llevar, como creían los griegos, una alondra en la garganta, es dón del cielo que cuesta muy caro; que, como la deuda con el judío de Shakespeare, se paga con carne viva de la más noble entraña.

“La humanidad contempla deslumbrada la corona de luz que orla la frente de los grandes hombres, pero ignora que bajo ella se oculta una corona de espinas que se clavan en el alma.

“Habéis escuchado, en la Leyenda Olímpica, cómo se queja, con voces de huracán,

un sér divino y desgraciado al mismo tiempo?

“La Tierra y el Mar lo escuchaban temblando.

“Es un hermano del poeta; es Prometeo.

“Este y aquél viven encadenados a su destino. En vano intentarán romper sus crueles ataduras.

“La Lira y el Buitre son símbolos siniestros: uno y otro desgarran entrañas inmortales.

“Cuando el poeta siembra consuelo en los surcos que al pasar dejó en las almas; cuando hace florecer la risa sana, armoniosa y consoladora, en labios petrificados, durante años, por el dolor; cuando el regocijo general estalla al mágico conjuro de la lira, alguien, uno solo, llora en silencio..... es el corazón del poeta: sorbe, una a una, lágrimas candentes, mientras canta, canta y canta la inmensa alegría del vivir.

“Allí sangra una tragedia.....

“¿Fué Juan Ramón Molina un poeta de verdad?

Indiscutiblemente, fué un gran poeta: a la edad en que murió y en medio de nuestras densas nieblas, realizó labor trascendental.

“No dudamos en vaciar sobre su tumba todo el caudal de admiración que llevamos en el alma.

“En su lira vibran todas las cuerdas: la de plata que dice voces églogas y exhala dulces gemidos de madrigal; la de oro, que canta

la belleza inmortal y fecunda, como el seno de Hécuba: que canta el amor, con sus besos cálidos y sus miradas de fuego que se elevan como saetas, en el alma; la de bronce, cuyas notas épicas levantan de su tumba a los héroes dormidos.

“Ahora, cuando los años han pasado sobre la memoria del poeta: cuando la envidia no encuentra sino un fantasma que roer; cuando los odios se han extinguido al contacto frío de la tumba, la figura egregia de Juan Ramón se condensa en algo firme que deslumbra con esplendores de astro.

“Porque el alma de los inmortales surge, a través de las grietas del sepulcro, irradiando sobre la conciencia de los vivos.

.....

“El Ateneo de Honduras tiene honra altísima llegar aquí y rendir tributo de profunda admiración al más grande, al más glorioso, al príncipe de nuestros poetas, en todos los tiempos de nuestra historia, bajo el espléndido cielo de la patria.”

---0---

Los segundos funerales de Molina fueron motivo de peregrinación, no sólo por los intelectuales hondureños, también por los extranjeros quienes demostraban predilección por visitar la tumba del poeta.

Se organizaron sociedades y bibliotecas con su nombre.

Por ese tiempo vino a Tegucigalpa el brillante

poeta dominicano Primitivo Herrera, quien cantó las glorias de Molina en su conocido

tríptico lírico

Ante la tumba de Molina

I

“Quién sino tú, jilguero susurrante
cantó como una dulce epifanía
la rica primavera fecundante
que rebosa este suelo de alegría.....?
¿Qué pulido zarcillo de diamante
embelleció mejor tu fantasía,
sino el iris del verso centellante
que tu numen egregio desleía.....?
Eras entonces en tu rosada aldea
el paladín excelso de la idea
al pie de su romántico santuario.
Y en la riente mañana de la vida
abrazado a tu lámpara encendida
pasaste mascullando tu rosario.....

II

La barca de Caronte congelada
en el seno inmutable de lo Arcano,
recibió como dádiva sagrada
el óbulo postrero de tu mano.
Sollozaron en trémula bandada
las mariposas de la cima al llano;
se llenó de crespones la alborada
y deshojose el bucaral indiano.
Gimieron en tu lápida bendita
el óvolo, la tierna bellorita,
la anémona y el mirto que retoña.
Y en el seno profundo de la umbría,

como otra plañidera sinfonía
 tañó Pan su dulcísima zampoña.....

III

¡Camarada del sueño y el misterio:!
 ya atravesaste por la Selva Oscura;
 ya quedó enmudecido tu salterio
 y sellado tu labio de amargura.
 Cerró ya tu sarcófago el imperio
 de las sombras en yerta crispatura;
 y en un pobre rincón del cementerio
 se cubre de jazmines tu sepultura.....
 Pero los que supimos tu tormento
 creyéramos que aún gimes en el viento:
 --a tí acudo..... Señor, de mi agonía--,
 ya que mi ansiedad no se consuela,
 ¡defiéndeme del cierzo que me hiela!
 y líbrame del polvo que me hastía.....!"

---0---

Hoy los restos de Molina descansan en el Cementerio General, esperando que pase la presente generación, generación sin alientos y venga una juventud vigorosa a reconocer los méritos de la gloria nacional, erigiéndole el monumento a que tiene derecho en las principales plazas de la República.

---0---

Antes de cerrar el capítulo anterior, queremos dejar consignado el nombre del hondureño que salvó los despojos del primer portalira de la tierra del Gral. José María Medina.
 El Dr. José María Sandoval, persona honorable, de reconocida solvencia moral, nos afir-

mó, que con el Dr. Marcos Carías Andino lo ligó una amistad sincera, que al correr de los años, antes de aminorarse, se fortaleció, gracias a los comunes puntos de vista, profesionales y políticos.

Pues bien, refiere el Dr. Sandoval, que confidencialmente le contó don Marcos lo siguiente: encontrándose emigrado en El Salvador, supo que el nicho que guardaba los restos de Molina, fijaba fecha próxima y perentoria de renovar el alquiler o en su defecto echar los despojos a la huesa común.

Entonces el Dr. Carías Andino, al considerar las consecuencias, ---y no muy abundante de recursos---, fué personalmente a renovar el pago prescrito por la ley a la tesorería correspondiente, como una previsión de algo irreparable que estaba por suceder.

Así se salvaron los restos del panida gracias al contingente patriótico de un emigrado hondureño.



a manera de apéndice

juan ramón, anecdótico

Lo justo, justo. Quetzaltenango, la perla de Occidente, es la patria intelectual de Juan Ramón Molina. Ella incubó, alimentó y dió plumas y alas a su estro. He necesitado hollar más mundo, para comprender que aquel Xelajú era único en su especie, por su espontaneidad para premiar a los jóvenes intelectuales, pero, sin vacilaciones, reservas ni distingos, entre nacionales o extranjeros, plebeyos o linajudos.....

Una noche de *heleda negra*, como allá dicen, me detuvo, camino de mi casa, el joven bardo cuyas primicias aplaudíamos todos, odivinando al artista en que maduró después.

Acompañóme hasta el portón de mi vivienda, y allí noté que prolongaba la conversación para no soltarme y todavía, sin importarle el frío que nos hincaba un alfiler en cada poro.

Por fin, señalándome la bóveda sideral donde un fondo como de terciopelo negro tornaba más vívidos y blancos los grupos de astros, figurando revueltos barrios de una ciudad celeste y hacía más espumoso el derramado río de soles que con el nombre de Vía Láctea partía en dos aquella magnífica urbe de orbes, señalando tristemente a

lo alto, recuerdo que me dijo: ¿Ha visto usted un Dios más ocioso?

---Poeta y blasfemo no caben juntos, respon-
dile.

---Lo digo (añadió) porque, ¿de qué sirven tantos billones de mundos, sin quien los ocupe, en tanto que yo no sé dónde dormir esta noche? En la casa de mi padre, dice el Evangelio, hay muchas *moradas*; pero yo no tengo sino una, mi piel morada de tanto frío.

Aquella chispa movió mi ánimo a ejercitar la obra de misericordia que se refiere a las posadas, e incontinentemente, con mi mayor buena voluntad abríle el portón de los *Baños del Progreso* que yo arrendaba, y se quedó a vivir conmigo, fraternalmente, por muchos meses.

Pronto tuve otro compañero, enfermo como él, de afán de maníaco por llegar a ser escritor algún día, costare lo que costare, gozar del aura prestigiosa de las almas letradas; vivir en el mundo alto de los escogidos que escriben y leen, que piensan y civilizan. Era Alberto Buerón, cuyo papá, en acuerdo secreto conmigo, le lanzó del hogar, fingiéndose enojado de su conducta, mientras no aprendiese la tipografía.

¡Que para qué! Llegaban temprano de su trabajo; pero en llegando, se echaban sobre mi pobre Víctor Hugo, y una vez devorado, tirábanlo a la mesa, con gritos y pataleos de teatro, para chuparle el jugo a don Juan Montalvo y en seguida roerle los huesos a la Sagrada Biblia.

Los domingos de invierno, quedábanse sin verle la cara al sol, no porque éste la rehusase al

cielo, sino porque ellos no salían debajo del de tablas rajadas de su alcoba. Y de canto el cuerpo, leían, alternándose en alta voz, con ceños y ademanes de tragedia, ora la *Creación* de Edgard Quinet, ora las locuras del Manchego, ora los peligrosos desequilibrios de Vargas Vila. En cuanto a poesía, eran fanáticos por Díaz Mirón y Gutierrez Nájera.

Imagínense la desazón que sentirían penetrando yo a su dormitorio.

---Pero, vate, ¡allí! (encogido bajo su colcha color de tigre) ¡hasta estas horas! (las dos de la tarde).

---Amigo mío, contestaba, no censure usted mi actitud, que es la misma de Filobantes en su lecho de mármol. Además, ¿no admite usted que ésta debe ser la postura de Dios en el Infinito, después que lo hizo todo.....no le queda sino contemplar su obra acaso con un leve remordimiento por lo que dice Schopenhauer, y con razón, que mejor que el universo era el augusto reposo de la nada.

---Si, hombre, siempre lo han preferido los que, como ustedes, quisieran pasar la vida reposando.

---No; (Buerón entremetiéndose) es que estamos algo enfermos, y habiendo tomado sendos laxantes, mal habríamos hecho en madrugar. Pregúntele usted a doña Sebastiana (viejecita que vive hoy en Ratalhuleu) cómo anoche le encargamos una gallina para hoy, advirtiéndole que íbamos a amanecer enfermos.

Yo sonreía para disipar mi carcajada interior,

que no podía soltar sin comprometer mi doble autoridad de jefe de la casa y maestro de gramaticalerías.

Pues lean ustedes siquiera una carta de Lord Chesterfield. Y me retiraba pensando, que ciertamente tendrían que ser algo aquellos dos muchachos que, a pasear por las calles, preferían encerrarse a leer libros.

Por ese tiempo, Molina compuso la *Mística*, dedicada a su musa, a la que amó con prodigio, una alumna de la insigne educadora, la gran Aurorita Anleu.

Populares se hicieron sus décimas a la *marimba*, que se recitaban con el acompañamiento necio que hemos dado en llamar melopeyas. En la esplendente velada que dimos al egregio Ramón Vereá, Molina leyó una oda en que hizo profesión de fe deísta.

Venciendo la repugnancia que le inspiraban las ciencias de abstracción y clasificación, logró el grado de Bachiller, cuya etimología latina *baccalaureatus* le hacía exclamar en la fiesta: ya soy un *baccalaureatus*, o queizás *vacalaureada*.

Formé parte de su tribunal examinador, tal vez a petición de él, que me tenía bastante confianza para rogarme como lo hizo: “¡Por Dios, no me vaya usted a preguntar Algebra, esa barbarie de la Ciencia! Hágame usted el favor de decirme, ¿a quián ha hecho feliz la Trigonometría? Y qué almas redimió la Geometría?”

Una de sus grandes ilusiones de Bachiller era portar la arrogante capa española, como entonces se usaba, pleonástica y redundante, con visi-

bles laterales de *peluche* azul escandaloso, mitigado con golpes de rojo tímido. Por eso tenía yo a menudo que esconder la que me pidió a Sevilla el amigo Mayolas y que me daba, si no toda la felicidad, sí algo de ella, cual es una tranquilidad caliente.

¿Cómo hacerse de una capa? El director de *Tierra Blanca*, periódico furibundo, se la había ofrecido, según me contó Molina, a si atacaba con ira a los señores Polanco. Sedúcíale ensayar la musa bravía, desmelenada de Mirón o la energúmena del entonces autor de *Les Chatiments*. Porque el periodista de entonces debía causar heridas con la espada o con la pluma. “No, (me dijo en un arranque de honradez) sin pasión no hay ira”. Y no volvió a molestarlos. Diego Polanco, hijo posteriormente ha tenido la nobleza de elogiar el estro de Juan Ramón.

La capa fué ganada, en buena lid, en la ciudad de San Marcos, a donde lo llevó Manuel Ramiro, para propagar por el periódico una candidatura presidencial, entonces afamada. Y de verdad, que arremolinado dentro de su capa, se hizo un retrato que tiene muchísimo del plantaje heroico y la cabeza apolínea de Lord Byron.

En 1896 dejó la ciudad de Quetzaltenango para establecerse en Guatemala, donde volvimos a vivir juntos. Aquí escribió *La Calavera del Loco*, después de leer a Ram de Viu. Se publicó en “La Idea” y corre dedicada a mí. Fuimos socios de la sociedad JOSE BATRES MONTUFAR, en compañía de Froylán Turcios, Arturo Ambrogui, Rafael Piñol y otros más que nos agru-

pábamos a la sombra benigna del doctor Ramón A. Salazar.

En el "Diario de Centro América", que dirigía Alberto Beteta, salió por primera vez su hermoso poema *El Aguila*. Luché mucho, sin conseguirlo, porque cambiase la forma gastada en que moldeó su peregrina inspiración. Es la misma usada por Rubén Darío en *La Paloma* que dijo, "yo soy feliz" y al acabar de cantar su dicha, se la tragó un gavián. Es la misma de *El Toro Salvaje* de Rodolfo Figueroa; de *El Cocuyo* de Elorza; de *La Galondrina* de Altamirano y de *El Luzbel* de Icazbalceta.

Al leerme el borrador, le dije:

---Por qué no aprovecha usted la ocasión de describir una aurora centroamericana, más rica en tintes que las que pintó Cervantes, y con los colores cálidos que empleó Fray Matías de Córdova, dejando muy atrás a los griegos Baquílides y Meleagro?

---Sabe usted por qué no lo hice ---me respondió con su perpetua sonrisa fina---; pues simplemente por la razón única de que no conozco la aurora. Sé, porque todos están acordes en ésto, que es rosada y fresca, y no puedo dar otros informes de ella. ¡Jamás se había levantado temprano!

Tiempo después vivió en la casa de huéspedes de una mulata hondureña, cuya nieta cuarentona, dulce y sabrosa como la Flérída y rosada y fresca como las auroras que acaso nunca conoció el vate, quiso tiernamente a éste, más allá de la *amité amoureuse*, pues lo convirtió en papá.

Un día nos separamos por opuestos rumbos, en busca de pan y gloria, y no volví a saber de él nada, ni de su producción ni de sus anhelos políticos, ya que, como buen literato tropical, soñaba con una Cartera de Estado.

Hasta que el otro día, el *menos pensado*, en que ocurren todos los sucesos grandes, en mi mesa de redacción de "El Diario", de México, rompí un canje salvadoreño, de orla enlutada y cuya página editorial tenía este título: *El eximio poeta Juan Ramón Molina ha muerto en plena gloria*.

Con los ojos tal vez húmedos de ese vapor de lloro que en los hombre sufridos ya no condensa el dolor, escribí inmediatamente un Remembratorio para la edición artística dominical, y en él narré, sin nada jocoso como hoy, sino con sólo la pena que me produjo la noticia, todo lo que era y valía el trovador hondureño.

Permítaseme la licencia de creer que algo influyó en él, para el amor que tomó a los clásicos castellanos, y a los correctores del idioma, como Barral y Cuervo, a quienes, casi aprendimos de memoria, si bien después no quisimos seguir en todas sus exigencias.

En la época que compartí mi pan y techo con el futuro poeta, era él de un físico otractivo, sano y limpio, signo de la limpieza y sanidad de su alma. Practicábamos la temperancia antialcólica y fundábamos la alegría del vivir, en el goce moderado de lo bueno. Le quise mucho por su humildad altiva y sencillez sincera para la vida común; en cuanto a la vida alta, la del espíritu, sus entusiasmos eran ardientes y desbordantes, cuando se

trataba de Arte, Progreso, Humanidad o Patria.

Y Alberto Buerón?

Pues el doctor Buerón, como se llama desde que aprendió Dentística en New Orleans, fundó en Monterrey, México, la famosa revista de arte, "Zig-Zag". Casó allí mismo con una acaudalada aristócrata, tomó la nacionalidad azteca y acabo de ver que ocupa decorosamente una página del libro de Elguero: *Los mexicanos en el destierro*.

Hace pocos días que, clasificando papeles viejos para quemar los más posibles, a fin de aligerar mi bagaje de emigrado sin rumbo, desde que mi patria perdió la brújula de la legalidad, encontréme una antigua fotografía del difunto amigo, amarillenta ya como si amarillo fuese el vestido de viaje de todo lo que se va para siempre.

Y recordé cómo en un cuarto de bohemios, sobre una mesa con mantel de periódicos bayos, Molina comenzaba a dedicarme aquel retrato cuando interpuse la mano para decirle:

¡Alto! Es imperdñable que me escriba usted en prosa, como hablaba sin saberlo Mr. Jourdain. A ver un verso repentino y salga lo que *salgare*, como dice doña Sebastiana.

Y Juan Ramón, sin pedir ni un minuto de plazo, escribió la siguiente quintilla, de la cual bien quisiera yo quitar el renglón que me lisonjea, para no parecer cursi; pero lo dejo, pues que de sacarlo, ya no sale el verso:

“Al joven Flavio Guillén,
escritor que se encamina
a la gloria, le destina,
para que lo guarde bien,
ésto, Juan Ramón Molina”.

Flavio Guillén.

México, 1918.



algunos datos para la biografía de molina

En 1893, estudiaba yo en la escuela complementaria del Instituto de Occidente, de Quetzaltenango.

Ese año, llegaron al establecimiento dos jóvenes hondureños: Antonio Cerrato Andino y Juan Ramón Molina.

Apremiantes eran las circunstancias de los recién llegados. Sin embargo, nada temían, porque el espíritu de fraternidad centroamericana, estaba arraigado en el corazón de la sociedad quetzalteca.

El Director del Instituto era don Tránsito Dávila, pedagogo distinguido y generoso que protegía a la juventud entusiasta y progresista. A Cerrato Andino y a Molina, se les dió colocación. Para éste, el señor Dávila creó la plaza del 3er. inspector, sin embargo de que no lo autorizaba el presupuesto.

Los jóvenes eran inteligentes y soñadores. Cerrato Andino ocupaba con frecuencia la tribuna pública, en donde sostenía enérgica y valiente-

mente, sus ideas libertarias. Molina se dedicaba con predilección al cultivo de la poesía.

Cuando llegaron, Molina iba humildemente vestido. Su continente era atractivo; la frente levantada; sus ojos chispeaban; usaba, levemente inclinado, un sombrero de paja; se dejaba patillas, por lo cual, unido a su origen hondureño, los estudiantes lo bautizaron con el sobrenombre de "Morazán".

Por aquel tiempo, se verificaban quincenalmente en el Instituto, veladas lírico-literarias. Para éstas, Molina escribió varias composiciones en verso y el drama intitulado "María" Este, según se dijo entre los educandos, era un reflejo de los desafortunados amores del poeta con una bella quezalteca. El señor Dávila hizo llegar exprofesamente de la ciudad de San Marcos, al poeta José María Urrutia y Guzmán, con el objeto de que hiciera al mencionado drama las correcciones indispensables.

Molina cultivó estrecha amistad con el sabio Dr. don José Antonio Aparicio, profesor de varias asignaturas en el Instituto. Vivían en la misma pieza y tenían la excentricidad de no permitir la entrada a los sirvientes que se presentaban a efectuar el aseo.

Por aquel entonces se publicaban dos revistas en Quetzaltenango; "El Estudiante", de los alumnos del Instituto, y "La Escuela de Artes y Oficios," de los estudiantes del establecimiento del mismo nombre. En la segunda, colaboraban las alumnas del Instituto de Señoritas. Ambas revistas entraron en discusión científica, en la cual, los

articulistas de la primera no fueron siempre triunfadores y se abochornaban porque las jóvenes los vencían, especialmente Lucrecia Sierra, hija del General del mismo apellido.

Transcurrió el tiempo. El Dr. Aparicio y Molina desocuparon la pieza aquella, y cuando se barrió, los estudiantes curiosos recogieron varios fragmentos de borradores. Unidos éstos, descubrieron con asombro que el Doctor y el poeta eran los autores de los artículos que firmaron la hermosa Lucrecia y otras colegialas.

En 1894, dió Molina la clase de declamación. Tuve la honra de asistir a ésta, y aún recuerdo varias de las composiciones que nos hizo aprender: El Pirata, de Espronceda; Treinta años, de Gaspar Núñez de Arce; al Niágara, de Heredia; el Desertor de Díaz Mirón y otros.

El mismo año, siendo ya Director don Clemente Chavarría, otro maestro y altruista que dispensó muchas consideraciones a Molina, obtuvo éste el título de Graduado en Ciencias y Letras.

Cuando el filósofo Ramón Vereá visitó Quetzaltenango, Molina fué uno de los más entusiastas porque se le hiciera como efectivamente se le hizo una entusiasta ovación. Entre otros actos, el Instituto de Varones dió una velada lírico-literaria, en la cual conquistó el poeta muchas palmas recitando unas bellas décimas.

Sostuvo Molina algunas discusiones serias, por la prensa, con el talentoso Ingeniero don Arturo Polanco, Redactor del "Diario de Occidente." En esas controversias, tenía el apoyo moral de la sociedad, especialmente del gremio estudiantil, sin

embargo de que Molina se consideró siempre en un nivel superior al de los intelectuales altenses.

Se le apreció bastante en los diferentes círculos sociales. En el profesorado y en el periodismo ganaba lo suficiente para llevar una vida sin estrecheces, y allá comenzó sus estudios de Derecho. Pero, tal vez en busca de más amplios horizontes, se trasladó a la capital guatemalteca, en donde recuerdo haberlo saludado por última vez, en 1896,

MIGUEL T. ALVARADO

Guatemala.



aculhuaca, última jornada de molina

Hacía tres años que había muerto Juan Ramón Molina cuando llegué a San Salvador. Fué en noviembre de 1911; la ciudad estaba en plena fiesta con motivo de las grandes solemnidades del centenario del grito de independencia que, según opinión de algunos historiadores, fué lanzado allí, con el verbo patricio del padre Matías Delgado, a la cabeza, quien desde el púlpito arengaba a las multitudes inspirándoles el sentimiento de la libertad.

Por todas partes animábase de alegría como una apoteosis; rutilaba el placer en los salones aristocráticos y en los casinos; en calles y plazas hervía la concurrencia del pueblo, celebrando la fecha inmortal. Músicas de bandas y de orquestas; fuegos pirotécnicos; la ópera Lambardi que trabajaba en el Teatro Variedades; el júbilo excitante por todas partes, diseminado entre grandes casas y tugurios, pintando la sonrisa que hace más viva la vida, el anhelo constante de la alegría del vivir.

Y entre ese grandioso júbilo, una tarde, el poeta Manuel Alvarez Magaña, un delicado bohemio irrefrenable, y yo, sentados en el Parque Morazán, esperábamos la salida de uno de los tranvías que nos llevaría al villonario de Aculhuaca.

Por aquel entonces era yo un adolescente, poco había leído de Juan Ramón Molina; pero ya reverenciaba con devoción de pensamiento, el nombre del poeta. Era el tema de lo que hablaba con Alvarez Magaña.

---Y ya vez, con dolorosa sinceridad, te digo, que en medio de estas celebraciones que se suenan en todo San Salvador, quienquiera que nos observara desde lo alto, con ojo divino, comprendería que sólo tú y yo recordamos, con honda tristeza, que hace tres días fué el aniversario de la muerte de Juan Ramón.

---También Mayorga Rivas.

---Nunca, ---repuso Magaña, exaltado por mis palabras--- el nombre de Mayorga Rivas es hasta un sacrilegio, pronunciarlo en este momento en que consagramos nuestras oraciones al mártir. Tú no sabes lo mal que se portó con el que le dió vida, renombre y dinero a su anodino "Diario de El Salvador."

---o---

En un carro de tranvía íbamos, entre una muchedumbre que oleaba pareciendo una plena mar agitada por sus ímpetus, cuando Alvarez Magaña, saliendo de su abstracción, me dijo:

---Oye, te voy a recitar Los Cuatro Bueyes, una de las composiciones sugerentes de Molina, y que hizo delante de mí en el Parque Bolívar:

“Junto al parque Bolívar
se ven cuatro bueyes, cuatro
animales melancólicos,
lamentablemente flacos,
uncidos a dos carretas
grandes, con cajas y fardos,
y con las patas hundidas,
inmóviles en un charco.

El parque está triste y solo,
muy triste y muy solo, tanto
que semeja una necrópolis
cerrada hace muchos años.

.....

Sueñan los bueyes. Sus ojos
se reflejan en el charco,
lentos de dulzura, con
las visiones de los campos,
verdes y tibios, a la hora
sugestiva del ocaso.....

.....

Hermano soy en la pena,
miseros bueyes, hermano;
mas es en balde que sueñe
como vosotros. Tirando
siempre estaremos. Vosotros
de una carreta con fardos,
y yo del orbe sombrío
de mi espíritu fantástico.”

.....

Cuando yo volví en mí, de la profunda concentración espiritual que me produjo Magaña recitándome esos versos atormentados, él llora-

ba.....y el tranvía se deslizaba ya por las afueras de la ciudad; los demás pasajeros del carro, todos vulgares y absolutamente extraños a lo que iba "dentro de nosotros", nos miraban con una cierta curiosidad burlesca y se reían estúpidamente. Yo le dije a Magaña en voz baja:

---Mira allí el charco de la vida.

---o---

Aculhuaca es uno de los pueblecitos que circundan la capital salvadoreña y que dista de ella como una milla.

En un caserón de aspecto repulsivo que quedaba cerca de donde hizo alto el tranvía, había un establecimiento de cantina, cenas y otras expansiones de "la vida que pasa."

Allí entré con mi amigo. Tras el mostrador de la cantina estaba una muchacha hermosa, de ojos grandes y vivos, pelo fecundo, negro, tenía un color trigueño pálido que le daba un aspecto delicioso; alta, bien torneado su cuerpo; riente, así es toda mujer nacida al calor de los trópicos, y con una gran rosa blanca en la cabeza como la adorable María de Jorge Isaac.

Al sólo entrar nosotros, saludó a Magaña con un cariño que floreció de luz en toda ella.

---Qué tal, don Manuel? Hace muchos días que no lo veía, qué falta me hace, pues sólo con usted y el negro Lagos son los únicos con quienes hablo de Juan Ramón. El negro Lagos acaba de irse, hace media hora. Desde el 2 está viniendo a ver, día a día, lo mesa sobre la que murió Juan Ramón.

La joven se consternó visiblemente, y después de enjugarse los ojos que se llenaron de lágrimas, le dijo:

---Qué van a tomar?

---Ante todo, le voy a presentar al joven que acaba de llegar de Nicaragua. Es de los que empiezan a beber el "veneno de la literatura."

Y después del saludo de atención, entré en confianza con aquella muchacha cuya sonrisa todavía se reproduce, como piedra preciosa, en mi recuerdo. Se llamaba Pastora; el apellido no lo puedo precisar. Me confesó ingenuamente que su último amor había sido Juan Ramón y que difícilmente volvería a querer a otro.

---Aquí me conoció él ---me dijo--- pues tengo cuatro años de ser cantinera en este establecimiento. Y después del hombre que me hizo desgraciada, siendo muy joven, a nadie he querido más que al poeta.

Casi sollozando, nos llevó al interior de la casa, donde había un cuarto lleno de botellas vacías y algunos muebles abandonados.

---Mire, en esa mesa redonda que usted ve allí, oculta por este cancel, murió Molina el 2 de noviembre, hace ya tres años.....

Y todos quedamos como presos de un ataque nervioso: ni un gemido, ni una lágrima, ni un signo.....nada.

El primero que se dió cuenta de la escena, fui yo; luego de transcurrir algunos minutos, me acerqué a la mesa con alguna ambigüedad de respeto y temor; y una vez que me hube abismado ante ella, reflexionando cosas que acumula en nuestra débil

conciencia la fuerza del misterio, le dije a Magaña:

---Nos vamos?

---Tomemos un ajenjo.

Y con Pastora tomamos el licor de ópalo, intoxicante y bello; uno de los demonios de los Paraísos Artificiales.

Hernán Rosales.

San Salvador, El Salvador, 1911.



dos valiosas opiniones

JUAN RAMON MOLINA

Buen poeta, fuerte poeta; pereció víctima de aquel medio matador de todo anhelo intelectual que apaga el alma de Centro América. Lo poco que pudo ser, lo fué con el machete en la mano, en guerras de su tierra. Apenas una vez pudo ver un mundo propio para su talento, cuando lo enviaron como Secretario de la Delegación de Honduras a las Conferencias de Río Janeiro. Volvió a su país y a pesar de que a ruego suyo logré que "La Nación" le nombrara corresponsal en Centro América, se encontró allá de nuevo aplastado moralmente; no envió ninguna correspondencia y a poco se suicidó.

Rubén Darío.

Nota del autor: solamente una correspondencia escribió Molina.

JUAN RAMON MOLINA

Pertenece Molina a una casta de hombres casi desaparecidos. Visto al través de nuestras inquietudes actuales, parece un espíritu de postrimería, una de esas almas en que remata y se de-

senvuelve una cultura. Sin ser un enfermizo, era, no obstante, un atormentado en quien el artificio literario y la influencia de otra literatura, sobre todo la francesa, derivaba inesperados momentos del ánimo.

Molina supo conservar, sin embargo-cierta identidad-de fondo y forma que la hacen único en medio de esa paradoja moral y política que se llama Centro América. Darío tuvo para él cierta profunda admiración y casi receloso respeto; y Darío mismo no tiene sobre Molina sino el logro de toda una trayectoria, porque éste es un malogrado.

Molina llena por completo a Honduras, tierra de pinares y de caudillos individualistas. El asoma por sobre los riscos de la montaña lluviosa como un genio paternal sobre una heredad mutilada. Como hombre, fué enérgico, amargo y tierno; su melancolía es casi una actitud, la "negra bilis" de los latinos, y por eso es creadora. Pero su dulzura, su poder de maravillarse, son únicos. Hay tanto sol en él que su poesía no admite noche.

Rafael Cardona

*soneto roto**A Juan Ramón Molina*

Parto yo este soneto para decir la pena
que me trae la muerte del cacique sonoro,
cuya maza de roble, cuya flecha de oro
un eco despertaron que todavía suena.

Parto yo este soneto, come ante sacra pira
una nerviosa rama, que en la oliente escena
se cimbra hasta que cruje rompiéndose de ira.

Y así como el soneto por el dolor partido
hace pensar que, en este momento que me inspira
pongo sobre la suya mi septicorde lira
para que las dos tengan un único sonido.

Nuestras dos liras juntas, sus cánticos diversos
y hacen que, al confundirse, pasen como un rugido
por las catorce cuerdas de estos catorce versos.

José Santos Chocano.

primicias de molina

el águila

Y el águila exclamó con voz terrible:
en una cuenca informe
nací, en esta montaña inaccesible,
que fué tal vez la enorme
atalaya de rocas de granito
que a una raza de cíclopes sirviera
para explorar con su pupila fiera
la vacua inmensidad del infinito.
Un pálido crepésculo
---tímido heraldo del glorioso día---
envolvió suavemente la nidada
donde mi vieja madre aletargada
con su robusto cuerpo me cubría.
Saqué, llena de anhelos,
debajo el ala tibia y protectora
la cabeza. En los cielos
donde quedaba de la sombra rastros,
iba apagando la rosada aurora
las temblorosas luces de los astros
con su soplo sutil. En ese instante
surgió, tras la muralla de los montes
el nuevo sol, magnífico y radiante:
mientras que los corceles de la noche
huyendo por los claros horizontes,
desbocados e inciertos,
en el profundo foso del vacío,
heridos por mil flechas inflamadas,
se desplomaron muertos.

Mi madre, al despertar, abrió las alas
a una cresta bravía

y allí, posada en ademán soberbio,
contempló con el ojo dilatado
aquel sol que subía
como un globo de púrpura incendiado.
A las grandes alturas
después tendió su vuelo,
cruzando sobre valles y llanuras,
siguiendo la enriscada cordillera
hasta perderse en el confín. Llegaba
el sol a la mitad de su carrera
cuando volvió a su nido de ramajes,
con un níveo cordero hecho pedazos,
dando gritos salvajes,
sacudiendo aletazos.

Luego crecí, volé con pocas fuerzas
a las rocas cercanas;
después, valor cobrando,
volé a las yermas cúspides lejanas
que coronan gritando
las venerables águilas ancianas.
Y hoy, ya lanzada sin temor al viento,
trazo en él espirales
y puedo en un momemto
subir a las regiones celestiales;
y tiene tal audacia y tal aliento
mi poderoso vuelo vagabundo
que, si quisiera un día,
sin detenerme a descansar podría
darle la vuelta al mundo.

Mi aspecto es muy altivo:
el moño de mi testa se asemeja
al penacho guerrero

de un noble paladín. Un ojo vivo
y grande, bajo el arco de mi ceja,
se hunde lleno de luz. De fino acero
y con forma de gancho
es mi terrible pico,
firme y cortante, poderoso y ancho.
Mi cabeza marcial que el aire peina
es redonda, pequeña y bien formada,
me ciñe el cuello, cual si fuera reina,
magnífico collar. Mis alas rudas
son dos alas tremantes
de plumas puntiagudas,
compactas y brillantes,
que después de cubrir el atrevido
pecho que tengo, bajan más breves
a resguardar mi torso que se ha hundido
en todas las entrañas y las nieves.
Son ásperos mis dedos. y las uñas,
con que a la piel del que vencí me aferro,
son hechas con el hierro
de las cotas y lanzas. Es leonado
mi espléndido color, mi ademán noble,
y me palpita un corazón osado
en un cuerpo más sólido que un roble.
La mirada del lince no es más fina
que la que amenazante
echo sobre reptiles y cuadrúpedos
desde la cima del cenit radiante,
coronado de rayos. Si me poso
al borde de un peñón hendido a tajo,
y una invisible mano arranca al monte
una roca de cuajo
lanzándola al abismo, pongo atento

oído al rumor hondo,
y recojo el estrépito violento
que sube retumbando desde el fondo.

Después que atisbo a la confiada víctima
que en el llano o el árbol me provoca,
pliego el ala de súbito,
y más veloz que el rayo fulminante
caigo sobre ella, de la rabia loca,
hundiéndole las uñas. Aunque luce
por escaparse con esfuerzos vivos,
vencida y desmayada,
queda bajo mis dedos convulsivos
sujeta contra el suelo. La cabeza
con una garra sola
le oprimo con tesón. Abro las alas,
y apoyada en la base de mi cola
gozo escuchando el estertor. El ojo,
que la luz del espacio recogía,
se vuelve turbio y rojo
al bañármeme en sangre. El pico abierto,
mientras dilata la hórrida agonía,
dejo salir mi lengua palpitante,
semejando una rígida tenaza
que la hoja deslumbrante
saca del fuego de la roja hornaza.

Nada me arredra! Si el destino adverso
me depara un encuentro peligroso
con una bestia montaraz y fiera,
me vuelvo más osada y más valiente,
hasta que me alzo victoriosa al cielo
llevándola en mis garras prisionera.
En las febriles épocas del celo,

cuando cuida mi dulce compañera
del implume aguilucho, mi polluelo,
devasto el valle que mi vista abarca,
aterro los rebaños y pastores,
y al nido donde tengo mis amores
llevo el botín que cojo en la comarca.

Luego que en un festín de carne cruda
mi apetito he saciado,
cansada, triste y muda,
me voy a reposar sobre una roca
con el buche inclinado.

En las cálidas horas del estío,
en esas horas largas y terribles,
en que parece que los pies caminan
sobre ascuas invisibles:
en que el sol encendido
va rompiendo las aguas luminosas
de un mar hirviente de metal fundido
en que abre sudorientas
la tierra sus mil grietas, como bocas
enormes y sedientas
de un sorbo de agua. Cuando el tigre fiero
sestea en su cubil de la espesura
sin pensar en su instinto carnicero:
y abandonando el árido paraje
el antílope busca la frescura
del umbroso follaje
desbordante de savia y de verdura:
cuando el león acesando
retírase a sus cóncavas cavernas
donde la prole está, y allí acaricia
de su querida las velludas piernas

bramando de lujuria y de delicia
al contemplarla tan hermosa: entonces
voy a bañarme al anchuroso río
orlado de nenúfares y espumas,
humedeciendo en el cristal movable
mi clámide de plumas.
Y por la tarde, cuando el sol expira
tras su carrera vasta
en su lecho de nubes y arreboles,
vuelvo al hogar, donde me aguarda siempre
mi compañera casta,
aquella que me quiere hace cien soles
con fiel cariño y con amor constante,
desde que pudo verme cierto día
vagando sobre cúspides errante.
En un pequeño quicio
junto a mi hogar, colgado
en las fauces de un hondo precipicio,
las alondras y oscuras golondrinas
sus nidos han formado
con las yerbas más suaves y más finas,
como buscando protección. Alegres
me siguen, si de pronto
en las mañanas tibias
al éter me remonto,
puro y azul, y mi regreso espían
cuando al fulgor postrero
del crepúsculo vuelvo a la montaña,
asomando las tiernas cabecitas
y metiéndolas luego en su agujero
para sacarlas otra vez. No temen
el poder de las águilas
que no hacen de él alarde

en unos pajarillos infelices,
sino contra el cobarde
milano vil, que en la feraz campiña,
si devoramos una presa, a veces
quiere igualarse con nosotros, cuando,
dignos de su bajeza y su rapiña,
le tocan a él las despreciables heces.

Yo soy la imagen de la fuerza. Nadie
a mis dominios sube
sin que pague muy cara su osadía.
De un rápido aletazo
divido en dos la nube
cuando se atreve a importunarme. Un día
un cazador, oculto entre las breñas,
me disparó sus balas,
y con un solo golpe de mis alas
rodó aturdido por las duras peñas.
Si mi vuelo lo oprime,
el aire de la agreste cordillera
a mis costados gime
cediéndome lugar. Sin sacudidas
me elevo a los espacios audazmente,
con las alas tendidas
y con el cuello rígido. Las ráfagas,
vagabundas e inquietas,
siguen mi huella en turbas ladradoras,
como queriendo conocer conmigo
la cuna en que nacieron los planetas
en cendales magníficos de auroras.

El viejo invierno es el mejor amigo
que tengo por el cielo;
el viejo invierno, que una vez al año

de su alcázar de hielo
sale crudo y huracán,
y rompiendo los odres de los vientos,
y soltando los líquidos raudales
cruza por los abismos siderales
ceñido de relámpagos sangrientos.
Yo conozco las fraguas donde viven
los terribles Vulcanos del vacío
haciendo sus ensayos,
y envueltos en sus mantos---nubarrones
oscuros y andrajosos---
templan los haces de encendidos rayos
al compás de los truenos pavorosos.
Al ruido, los lejanos aquilones
como un tropel de fieras,
rugen desde el confín, los huracanes
despliegan sus fantásticas banderas,
óyense ayes profundos,
derrotados se escapan los vestiglos,
y aparece otra vez que se repite
la gestación de los actuales mundos
en el oscuro seno de los siglos.
Al ígneo sol, a él mismo,
lo miré arrebuñarse entre su manto,
pálido ya de espanto.
Huí entonces del abismo
ensordecido por aquella guerra,
como por el rumor estrepitoso
de una inmensa catástrofe.....

La tierra

tiritaba de pánico y de frío,
Y envuelta en la vorágine
de un gran viento bravío

que a su paso tronchaba
de las selvas los árboles gigantes,
llegué a amparar mi tímido polluelo,
en tanto que la sierra vacilaba
sobre su eterna base de diamantes
bajo la inmensa cólera del cielo.

Pero si la borrasca me echa al nido
y ante su empuje cedo,
¿quién otro me ha infundido
el vergonzoso miedo?
El mar que a la ribera
sujetan con amarras,
ocultas, ciegas o inmutables leyes,
no ha intimidado mi arrogancia fiera
al azotarme con furor las garras
clavadas al peñon. La cruel pantera,
desde su bosque de bambúes frágil
en vano ruge para mí. Y el tigre
manchado, aleve y ágil,
nunca hundirá sus aceradas uñas
en mis carnes. El rudo
rinoceronte de pesados miembros,
de groseras pezuñas
y cuérno poderoso,
no puede echarse sobre mí. Ni el oso,
ni el león melenudo,
el rey de los mamíferos feroces,
que asorda con el trueno de sus roncadas
y prolongadas voces
el bosque virgen y las cuevas bronceadas.

Si ellos rugen, yo grito;
si ellos guardan la selva, yo los montes

de entrañas de granito,
los vastos horizontes,
el grandioso infinito.
Si un áspero pelaje
les envuelve la piel, y con furioso
ademán mueven la melena hirsuta,
yo tengo mi plumaje
y mi penacho airoso.
No les envidio la apartada gruta
que tienen en los bosques seculares,
ni sus garras retráctiles,
ni sus robustos flancos,
ni sus recios y elásticos hijares,
ni los sutiles trancos,
ni los hijuelòs, ni su joven hembra
que al vagar por cañadas y por cauces
ebria de amor, las fauces
abre gimiendo y el espanto siembra.
Porque en las altas rocas escabrosas
un nido tengo. Porque son mis garras
como las de ellos; y al costado mío
jamás hundirse pudo
la envenenada punta de los dardos,
como si fuera un resistente escudo.
Porque si tienen círculos de dientes,
yo tengo un pico corvo y acerado
en que han agonizado
retorciéndose en vano mil serpientes.

Y en cambio ¿quién ostenta
ésta movible cauda,
este firme timón en que confío
para lanzarme al piélagos bravío

de la oscura tormenta?
¿Quién tiene el ala más potente y rauda
que el ala que yo pongo en movimiento
para cruzar el viento,
para azotar la gigantesca tromba
que como cono hacia los cielos sube
del irritado abismo de los mares,
como si Dios, oculto en una nube,
tirara de la red de grandes olas
donde se agitan monstruos a millares?
¿Quién tiene esta pupila irresistible
que al espacio sin límites se tiende
fulgurante y terrible,
que es igual a una llama,
si la salvaje cólera la enciende
o si el amor la inflama:
que percibe---al cernerse al medio día
bajo los cielos altos---
el vaivén de una rama,
el corderillo en la florida loma,
de la liebre los saltos
y el volar de una cándida paloma:
que en la serena noche despejada,
de estrellas rutilantes coronada,
miro brillar a Marte
en el fondo del claro firmamento
como si fuera un ojo
fijo, enorme y sangriento?

Jove, que fué el señor de la ancha esfera,
me destinó, en decretos inmortales,
a ser su mensajera,
a conducir los rayos celestiales.

Y al quedar para siempre desolado
su hermoso cielo, de esplendores lleno,
al extinguirse en el azul sagrado
la alegre carcajada de los dioses
y el olímpico trueno,
triste vagué en el clamoroso espacio
por misteriosas fuerzas sacudido,
y fuí a formar mi inaccesible nido
más allá de las cúspides de Lacio.

Yo de la humanidad civilizada
miré el día primero
deslizarse tranquilo,
y he conocido el báculo de Homero
y la calva de Esquilo.
Yo soy hermana de los genios. Ellos,
con su numen ardiente,
vuelan también a la región del cielo
a libar con anhelo
en la copa del éter transparente
de la alma luz.

Yo soy el ave noble,
el ave de la gloria,
que los guerreros rudos
conducen como nuncia de victoria.
Yo estoy en los escudos
donde se embotan las espadas fieras,
en los cascos de bronce,
en las sacras banderas.

Yo soy la reina de las aves. Todas,
desde aquella que entona sus cantares
en la verde arboleda,

hasta el petrel que sin temores rueda
sobre el lomo encrespado de los mares,
del huracán bajo la cruda saña,
sujétanse a mi inmenso poderío:
mi trono es la montaña
y mi reino el vacío.

Yo soy emblema del valor. ¿Quién puede
intimidarme alguna vez? ¿Qué obstáculo
ante mi vuelo triunfador no cede?
¡Nadie mi libre voluntad sujeta!
El hombre, ese verdugo,
que dice ser el dueño del planeta,
no me ha impuesto su yugo!
¿Qué leyes obedezco? ¿Qué ominoso
poder mis fieros ímpetus dirige?
En la tierra y el mar, quién más pujante?
Ni el que los orbes inflamados rige
con su cetro gigante
puede causar al águila un desmayo!
No puede ni Dios mismo.....
Calló el ave blasfema.....

En ese instante
un indignado y repentino rayo,
hecha cadáver la arrojó al abismo
en espantosa rotación. El trueno,
de pavorosas amenazas lleno,
bramó desde el confín del horizonte:
y un negro nubarrón que descendía,
una lágrima fría
vertió sobre la cúspide del monte!"



el ruiseñor enjaulado

Ya para cerrar el último capítulo, una feliz oportunidad me deparó la dicha de encontrarme con el viejo amigo Gral. Joaquín Bonilla, hijo del Ex-Presidente de Honduras del mismo grado y apellido, quien cultivó estrechas relaciones con Molina. Al darse cuenta del inmediato aparecimiento del presente libro, en la forma más espontánea ofreció las siguientes cuartillas, recuerdos de la antigua amistad con el ruiseñor de la tierra de José María Medina.

Aclararemos, no ser ésta la página donde debe incluirse el trabajo de Bonilla, pero en atención a lo expuesto, se publica fuera de su sitio.

En conclusión, en todo lugar, la colaboración del militar y fino escritor, viene a enriquecer la obra futura del cantor nacional.

“Hace casi exactamente cuatro décadas y dos años, que un ruiseñor enjaulado, gracias al resultado de la batalla de Namasigiie, recobró su libertad!

Ese pájaro canoro, cuyo cautiverio duró muy cerca de tres años, era nada menos que nuestro egregio poeta Juan Ramón Molina.....

Pero será preciso recurrir a una aclaración para poner en claro la causa de esa prisión.

Allá por el año de 1903, habían ligado estrecha e inseparable amistad nuestro bardo y el escritor y orador Fernando Somoza Vivas. Se les veía juntos en todas partes y en especial al salir las estrellas. Su centro principal y favorito de acción era la ciudad de Comayagiela.

Un día domingo, poco antes de asomar el alba, pasaban los dos amigos por uno de los barrios apartados de aquella comunidad, y en una casucha de mala muerte, vieron un muertecito tendido sobre una mesa rústica. Su espíritu humanitario y cristiano les obligó a detenerse para incorporarse al velorio; pero se encontraron con que el pequeño muerto estaba completamente solo. Este hecho causó violenta indignación en el ánimo de nuestros héroes y resolvieron adoptar al diminuto difunto y llevárselo consigo para hacerle un velorio que compensara la indiferencia de que había sido objeto por parte de sus progenitores.

Hombres de acción, cargaron con la mesa y el cadáver y lo transportaron sobre sus hombros robustos hasta una habitación cerca del Puente Mallol.

Los deudos del muertecito regresaron de abrir la sepultura y se encontraron sin muerto en casa. Se armaron de palos y machetes y fueron en la búsqueda del infante. Siguiendo la pista, dieron con el cuerpo del delito y se armó la gran trifulca entre los dueños legales del cadáver y los dueños de hecho. Intervino la policía, y a base de justicia salomónica, las cosas quedaron en paz.

Todos quedaron satisfechos, menos el Presidente, que lo era don Manuel Bonilla. Informado por don Fausto, que era hombre madrugador, de lo ocurrido, mandó llamar a Juan Ramón y le notificó personalmente, orden de arresto en el Palacio Nacional, que era entonces la residencia habitual del Presidente de Honduras.

Nuestro gran poeta era Coronel y Sub Direc-

tor de la Academia Militar recién fundada entonces, y quedó alojado en una pieza del Palacio Viejo, sobre el corredor que conduce al Palacio Nuevo, y por el cual el Presidente pasaba, por lo menos, cuatro veces al día.

El General Bonilla se constituyó, en esa forma, en centinela de vista, parcialmente, y clavaba su mirada experta en el poeta cada vez que por su jaula pasaba.

Estaba prohibido al genial cantor salir de Palacio, sino era pidiendo y obteniendo permiso directamente de su Jefe.

Estaba el gran Juan Ramón por ese tiempo herido de amor. La Obertura Sentimental fué para Ella. Una vez por semana se presentaba uniformado, perfumado, bello, ante su Comandante Gral; se cuadraba, saludaba militarmente y solicitaba permiso para salir. Siempre le era concedido; pero se le advertía que la muralla se cerraba a las 9 p. m. en punto. Jamás llegó tarde. Estaba encantado de aquella disciplina militar.

Fuera de las livianas obligaciones que le exigía su puesto en la Academia Militar, dedicaba su tiempo a cantar. Eso era, precisamente lo que se deseaba, esa era la razón de su arresto, ese era el objetivo perseguido al enjaular al ruiseñor.

Durante esos años cantó sus mejores cántos en Honduras y leyó mucho. No tenía en frente ninguna de las preocupaciones materiales de la vida. Vivía, como le era grato, en las altas esferas de la política y de la sociedad. Asistía a las suntuosas fiestas de aquella fastuosa época. Fué el Poeta del Salón de Retratos.

Viajó en esos tiempos por Europa y América; conoció pueblos, conoció hombres.

Después vino el desastre de 1907. La última vez que le vimos, iba montado en mula pasitrotera, junto con las tropas que evacuaron Tegucigalpa a las órdenes del General Saturnino Medal.

Iba formando parte de la retaguardia. Algunos cadetes de la Academia Militar que lucharon tan valientemente en Maraita, le acompañaban. Se cuadraban y lo saludaban militarmente. Contestaba él, siempre arrogante como un castellano; siempre elegante como un Beau Brummel, profundo y frívolo.

Picó espuelas y lo ví alejarse. Iba hacia la emigración eterna. Cruzó las fronteras patrias y las fronteras de la vida.

Ahora nos lo hace ver, nuevamente, Arturo Oqueli, al lado de nuestro caballeroso don Fausto Dávila, gran amigo y gran señor.

Y nosotros, en una divagación pseudo-filosófica, especulamos acerca de la influencia de la batalla de Namasigiie, que liberó a nuestro ruiseñor, tuvo sobre las letras y la poesía hondureña.

Joaquín Bonilla.

CONSULTAS

El presente aporte, como su nombre lo indica, no es más que una pequeña contribución a la Biografía del poeta desaparecido, pero el sencillo tomo ha requerido perseverancia animada de un espíritu acucioso.

No ha bastado el dilatado conocimiento personal que tuvimos de Molina para cristalizar la idea, hemos tenido que recurrir a viejas publicaciones de Centro América, a escritos del historiador Dr. Heliodoro Valle, a la Apología del Dr. J. Castro Blanco, a un trabajo del diplomático mexicano Armando C. Amador, a antiguos amigos del ilustre extinto, a fin de coordinar los propósitos perseguidos.

También, debemos hacer constar los detalles que nos alentaron para glosar este trabajo: fueron los pormenores que en vida nos diera el Dr. don Fausto Dávila, quien con su plática contribuyó de manera decisiva a hacer real el bosquejo que hoy ofrecemos al amable lector.

Queda el libro por terminar a cargo de los hombres que se preocupan por destacar fuera de las fronteras patrias, a los valores nacionales, completando así una obra meritísima para Honduras.

arturo oqueli.

Tegucigalpa, D. C, Honduras, C. A.

CONTENIDO

APORTE A LA BIOGRAFIA

	Página
Retrato de Juan Ramón Molina,..... <i>Por Luis Andrés Zúñiga</i>	3
Juan Ramón Molina..... <i>Por Froylán Turcios</i>	9
Breve explicación.....	18
Albores.....	21
Regreso a la patria.....	39
MI PRIMER CONTACTO	
El Molina que yo conocí.....	46
LO QUE DIJO DON FAUSTO	
La estrella de Molina brilla en toda su potencialidad.	64
Viaje de Molina al Brasil.....	67
En Estados Unidos.....	68
En Río de Janeiro.....	69
Rumbo a Europa.....	91
En España.....	94
En Francia.....	101
De vuelta a Honduras.....	113
Comentarios.....	114
Un Paréntesis.....	115
TRAGEDIA DEL POETA	
Muerte de Molina.....	121
Repatriación de los restos.....	129
A MANERA DE APENDICE	
Juan Ramón, anedóctico..... <i>Por Flavio Guillén.</i>	149
Algunos datos para la biografía de Molina..... <i>Por M. T. Alvarado.</i>	159
Aculhuaca, última jornada de Molina..... <i>Por H. Rosales.</i>	163
Soneto Roto..... <i>Por José Santos Chocano.</i>	171
El Aguila..... <i>Por Ramón Molina.</i>	175
El Ruiseñor Enjaulado..... <i>Por Joaquín Bonilla.</i>	189
Consultas.....	193

LIBROS PUBLICADOS



EL GRINGO LENCA

(Agotado)

EL CULTIVO DE LA PEREZA

(Agotado)

LO QUE DIJO DON FAUSTO

(Esta última publicación se vende en todas las librerías de Tegucigalpa y en la Librería Panamericana de San Pedro Sula, Honduras),



PROXIMOS A PUBLICARSE:

HOMENAJE A LA RECHIFLA

TALGUA, TIERRA ENCANTADA

LOPEZ Y CIA.